

R. A. PÁRRAGA
**EL PERRO
Y LA
ZORRA**

UNA NOVELA PARA ADULTOS





El perro y la zorra

Una novela para adultos

R. A. Párraga

Régulo Párraga
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2025.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-18-6287-1
Depósito Legal: ZU2025000189

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Agradecimientos

Al primer homínido que intentó transmitir una idea trazando símbolos sobre una superficie cualquiera valiéndose de una roca, un pedazo de carbón o una simple rama.

A mi madre, Carmen María Urdaneta, quien me enseñó el amor por la literatura desde que estaba en su vientre.

Dedicatoria

A mi madre, Carmen.

A mis hijos: Rodrigo, Orianna, Santiago y Camila (en estricto orden de aparición).

A todos los escritores que he leído, a todos los maestros y profesores que me formaron, a todos los colegas periodistas de los que he aprendido y sigo aprendiendo.

A mis amigos, pues tengo muchísimos más de los que creo merecer. Algunos de ellos me han servido de referencia para crear los personajes de esta novela... solo de referencia... ¿o no?

Capítulo 1

El perro

El movimiento es monótono, mecánico, impersonal... Sube, baja, sube, baja. La respiración apenas se agita, los músculos apenas se tensan... Sube, baja, sube, baja. El hombre encaja su cara en el cuello de la mujer para concentrarse más en las respuestas reflejas de su propio cuerpo... o quizás para no ver los ojos indiferentes de ella, en los que solo podrían adivinarse unas ganas desesperadas de fumarse un cigarrillo, cobrar y largarse. Ella soporta con poca paciencia el ir y venir del cuerpo que tiene encima. No se molesta siquiera en apurar la sesión. Sabe por experiencia que después de cierta edad a los hombres no se les puede apurar. En todo caso, éste ofreció pagar bien, habla poco y no huele mal. Podría decirse que es casi un milagro. Bueno, en lo del olor la cosa no es tan exacta. Huele un poco a tabaco y a licor, pero ella está segura de que el viejo se lavó y se perfumó un poco antes de que llegara. También sospecha que se tomó alguna de esas “pildoritas mágicas”, porque el tipo pasa largo de los 60 y, sin embargo, sus “argumentos” son “bastante aceptables”.

El vaivén se hace más rápido... Subeybajasubeybajasubeybaja... La respiración es entrecortada, los músculos se van contrayendo. Ella se prepara para la descarga con alivio y, para su sorpresa, con

cierta dosis de placer. Hasta desearía que el viejo continuara saltando sobre ella un poco más. La acción de émbolo alcanza su máximo vigor y la mujer abre las piernas como un libro mientras el hombre le aferra con fuerza las caderas y hunde la cara entre sus senos.

—Marta... Marta—, murmura con los dientes apretados mientras derrama su simiente en el estéril interior del guante de látex que cubre su miembro. Casi al final de la descarga muere con rabia uno de los senos de la meretriz, quien lanza un grito mientras experimenta un orgasmo inesperado:

—¡Coooño, viejo, te volviste loco!

El hombre se separa de ella con violencia y queda sentado al borde de la cama con la cabeza entre las manos. La mujer titubea unos segundos. Casi con temor le acaricia suavemente la espalda y dice en voz tenue:

—Perdóname chico. Es que me mordiste muy duro y yo no soy de plástico... Pero no estuvo tan mal— y acompaña la frase con un remedo de sonrisa mientras se inclina hacia adelante tratando de encontrar la mirada del hombre, pero le resulta imposible pues éste tiene el rostro casi totalmente cubierto con las manos y los ojos fuertemente apretados. Sin embargo ella insiste pegándose más a él.

Un rápido movimiento de hombros, no violento, pero sí seco y cortante; detiene la acción de la mujer, quien hace un gesto de resignación y comienza a incorporarse de la cama.

—Tengo que lavarme, mi amor—, dice con voz mecánica. Él le señala el baño.

—Usa el jabón que está sobre el tanque del inodoro—, murmura con una voz igualmente neutra.

Siempre les deja una pastilla de jabón nueva. Lo considera parte del costo del servicio y, por qué no admitirlo, una cortesía de caballero. “Una mujer siempre es una mujer, aunque sea puta”, había sido uno de sus múltiples lemas a lo largo de la vida. De hecho, en ese momento lo recordó... y recordó también quien se lo enseñó: Su padre. Alfredo de Jesús Lugo era un personaje muy singular y contradictorio. Más que malgenio, dentro de sí albergaba una gran ira que, como los volcanes activos, estallaba cada cierto tiempo arrasando con todo. Fuera de esas “erupciones”, siempre se le consideró un ciudadano ejemplar, un padre dedicado y un hombre caballeroso. Incluso hasta su muerte, pasados los 80, siempre guardó en su personalidad un brillo de juventud que a todos cautivaba y se expresaba en un sinfín de frases ocurrentes e ingeniosas.

El viejo sacude la cabeza para espantar las brumas del pasado y, con lentitud, se quita el preservativo y lo introduce en una pequeña bolsa de plástico que tiene dispuesta para ello. Desliza el paquete debajo de la cama para que la mujer no lo vea al salir del baño. Siempre le ha parecido algo deprimente y vergonzoso un condón usado. De hecho, jamás han sido de su agrado. Nun-

ca los utilizó con su esposa, pues le parecía algo muy impersonal para la intensidad de su relación. Con otras sí, pero por razones de estricta seguridad sanitaria... y genética. Aunque admite que siempre fue de mala gana.

Luego de “resguardar” el preservativo, se viste y abre la gaveta de la mesa de noche, en cuyo interior hay un paquetico de billetes atados con una banda elástica. Han sido contados varias veces, tres o cuatro tal vez. Es una costumbre adquirida en los años cuando las aventuras eran muchas, pero el sueldo muy poco. Contar y recontar el dinero le permitía, o así lo creía él, ir haciendo ajustes en el mes (“reconducciones presupuestarias” las llamaba con triste sorna) para rendir sus ingresos. Tanto él como sus amigos y compañeros de trabajo sabían que era una tarea condenada al fracaso. El dinero nunca alcanzaba... y cuando parecía que sí... ¡había que pagar los préstamos acumulados en los meses anteriores! El resultado: solicitar nuevos préstamos y seguir adelante.

La mujer sale del baño ya vestida y con una asfixiante recarga del perfume barato con el que llegó. —Querido, tú como que ni te bañas; porque en ese agujero no hay ni pasta dental—, le recrimina amigablemente.

Muchos años mezclado con gente de muy escasos escrúpulos habían obligado al viejo a desarrollar una amplia gama de estrategias de protección y entre ellas estaba la de sacar todo del baño cada vez que contrataba a una ramera. La idea era que

no se le “extraviara” ni una hojilla de afeitar. Eso sí, siempre les dejaba la pastilla de jabón nuevecita... y ellas siempre se la llevaban sin siquiera destaparla. “No importa”, decía él, “es parte del costo del servicio”.

Le extiende el paquetico de billetes diciéndole con sequedad: “Cuéntalo”.

—No creo que haga falta. Se ve que eres un caballero de la vieja guardia—, dice ella zalamera... pero desata el paquete y comienza a contar. En la medida que va terminando el pequeño mazo de billetes sus ojos y su boca se abren con franca sorpresa.

—¡Coño! Con ñapa y todo ¡Mi amor, dónde habías estado metido todo este tiempo! Tú eres el hombre que yo necesito en mi vida— exclama e intenta echarle los brazos al cuello, pero él la detiene con un rápido movimiento.

—Vete— ordena.

La mujer titubea por un instante, pero los años de experiencia, que ya se comienzan a notar en su rostro de poco más de 30, la hacen reaccionar al momento.

—Okey, papito. Sé que ya no eres un cadete y la recuperación no puede ser tan rápida, pero te aseguro que, por lo menos en el primero, te mereces un 10 de 10— le dice coquetamente mientras saca del bolso un bolígrafo y una libretita.

—Toma, mi rey. Ese es mi número personal. Ya no llares a la agencia. Llámame directamente a mí cuando quieras y a la hora que quieras. Yo

dejo lo que esté haciendo y con quien lo esté haciendo y vengo volando para acá o para donde tú quieras, mi galanazo— le dice pegando mucho su rostro al de él y pronunciando las últimas dos palabras con un pésimo acento andaluz.

Él la retira con frialdad y repite: “Vete”, mientras la saca de la habitación y la conduce a la puerta de salida, la cual abre dándole la espalda. Se aparta para dejarla pasar, pero sin mirarla.

—Recuerda majo, llámame—, insiste ella con su terrible imitación del castellano ibérico.

El viejo se contiene lo suficiente para no tirarle la puerta en las narices, pero una vez pasado el pestillo aflora a su rostro todo el asco, la frustración y la rabia que se venían acumulando en su pecho desde el mismo instante del orgasmo animal de hace algunos minutos.

Casi tambaleándose, camina hasta el barcito que está al final de la sala, justo al lado de un amplio ventanal. Literalmente arranca un vaso del estante y casi lo desbarata al colocarlo en el mostrador delante de una botella de whisky medio vacía. Las manos le tiemblan cuando llena el envase hasta más arriba de la mitad y de un solo trago, largo y pausado, derrama el rubio licor en su garganta. Sin depositarlo en el mostrador, vuelve a llenar el vaso, esta vez con un poco menos de licor, y camina despacio, con más aplomo, hasta un amplio sillón orientado hacia el gran ventanal que domina la sala. Se deja caer en el mueble apoyando su mano libre en el respaldo y lanza un profundo

suspiro. Apura la mitad del whisky y deposita el recipiente en una mesita que tiene al lado, adornada con una lámpara de estructura metálica y pantalla acrílica, sobreviviente de la alocada séptima década del siglo pasado; una cajetilla de cigarrillos y un encendedor de bencina, de la misma época que la lámpara. Toma la cajetilla y la agita con la destreza de muchos años de práctica hasta que asoma un cigarrillo, que extrae directamente con la boca. Ya tiene el encendedor en la mano y con un ligero chasquido brota la llama. Aspira lentamente, como si quisiera consumir todo el cigarrillo de una sola chupada. Se detiene, aguantando unos segundos la respiración y luego deja que el humo salga con lentitud por su boca y nariz. Cuando la bola de humo grisáceo le cubre completamente la cara exhala con fuerza lo que aún le queda en los pulmones. Se toma su tiempo y vuelve a inhalar el cigarrillo, pero de forma más comedida. Fuma un poco, levanta de nuevo el vaso y toma otro trago.

—¡Que cagada, Marta! A lo que he llegado. Pagando putas ¡Carajo, cuánta falta me haces! Aunque sea para pelearme por beber y fumar tanto, o por meterme cada vez en un lío más grande por culpa del trabajo.

El viejo mira por unos instantes el vaso que tiene en la mano mientras su cara pasa de la profunda tristeza a la profunda rabia. Apenas si recordará después el lejano sonido del vidrio estallando contra la pared, pero nunca sabrá cuándo ni

cómo lanzó el vaso. Toda su mente está ocupada por el recuerdo de su esposa muerta, por los más de 30 años de vivir con ella, de pelear con ella, de amarla y odiarla hasta el infinito... pero necesitarla siempre.

—Marta ¡Qué vaina!

Esteban Lugo había enviudado hacía poco menos de 10 años. Durante los primeros días se sintió completamente perdido. Dejó su trabajo como periodista investigador de Sucesos en un gran diario de la capital y anduvo de bar en bar emborrachándose todas las noches hasta perder la conciencia. Llegaba a su casa con las luces del día y se echaba a dormir hasta que las estrellas brillaban en el cielo. Se daba un rápido y desprolijo baño para salir a continuar esa desesperada vida vampiresca, no sin antes zamparse medio vaso de whisky.

Luego de varias semanas, cuando ya lo habían echado de todos los antros que visitaba y sus amigos comenzaron a esquivarlo para evitar sus terribles ataques de ira o sus patéticos colapsos de llanto etílico, su eterno compañero de aventuras profesionales y personales, Gustavo, le propuso un “cambio de ambiente”.

A este viejo fotógrafo lo apodaban “El Chacal”, pues se le consideraba un “francotirador” de la fotografía. Siempre lograba la foto exacta para transmitir la profundidad del hecho noticioso: drama, alegría, horror, esperanza, dolor, dulzura;

y no hubo nunca un personaje importante que no lograra “fusilar” con su lente. Gran parte del éxito periodístico de Esteban se lo debe a él.

Gustavo lo encontró por casualidad una noche en un bar de maricas, único lugar donde aún aceptaban al temperamental cliente. Ambos eran amigos de Dayana, una ajada transexual que fue policía y les sirvió de valioso informante durante mucho tiempo. Al asumir su condición de homosexual, Carlos (que era su nombre original) se retiró de la fuerza policial y, con el dinero que le dieron y unos importantes ahorros que había estado haciendo con ese propósito, decidió transformarse en mujer y montar un bar de “ambiente”. No se convirtió en potentada, pero la cosa no le fue tan mal y su negocio, ya para este momento, tenía un reconocido nombre en los círculos sexo—género—diversos.

La razón por la cual Gustavo había ido allí esa noche era entregarle a Dayana un juego de fotografías que les hizo a sus “chicas” para un afiche promocional del bar con motivo de la celebración de la Semana del Orgullo Gay de ese año.

Aunque Esteban se encontraba ya más que medio borracho pudo recordar la vieja broma que siempre hacían entre colegas con Gustavo y “la policía Carla”.

—Hombre, Chacal, que bien se ve que donde hubo fuego cenizas quedan. Esa vaina si es amor del bueno— le dijo con una mueca de sonrisa.

—Déjate de pendejadas, Perro. Disfruta tu borrachera tranquilito y no me jodas. Yo solo

vine a traer unas fotos... y tú qué, les trajiste los vestidos y el maquillaje a las niñas— le respondió el aludido con el buen humor que siempre lo ha distinguido.

Aunque se trataba solo de una broma entre compañeros de trabajo, Esteban sabía que tras ella había una triste verdad: Carlos, ahora Dayana, siempre estuvo enamorado de Gustavo. Eso, más que la manipulación del periodista o los pequeños regalos que le hacía (una botella de vino o un jamón navideño en diciembre, alguna entrada para conciertos o estrenos de películas), era la razón fundamental de la colaboración que les prestaba el policía. Su olfato y vista periodísticos se lo habían revelado desde un principio y así, medio en chanza medio en serio, se lo hizo saber a Chacal, quien, como respuesta, se negó a tener contacto con el uniformado durante varias semanas. Después las aguas volvieron a su curso, al punto de que durante 20 años ambos han mantenido una sincera amistad con Dayana.

Precisamente ésta, al ver que Gustavo entraba al salón, se apresuró a limpiar cuidadosamente un vaso y llenarlo a la mitad con el mejor de sus whiskeys, reservado especialmente para el visitante.

El Chacal colocó en la mesa el sobre que traía y acomodó su espigada figura en la silla ubicada frente a su amigo.

Se trata de un tipo delgado, pero bastante atlético; cabello y poblados bigotes de color gris desde la juventud. Esto y sus ojos azul agua son evidencia

de su ascendencia germánica. Siempre viste botas de explorador, pantalones de mezclilla y chaqueta de cuero. Todo ello aderezado por un sombrero, también de cuero, con aplicaciones de la piel de algún reptil. Su aspecto es el de los cazadores ingleses o estadounidenses que nos vende la filmografía hollywoodense.

El contraste entre ambos es marcado. Esteban es algo más delgado, aunque sus proporciones no son desagradables. Con sus 1,70 metros de estatura apenas le llega a la barbilla al fotógrafo. Sus ojos negros y su cabello, que se mantuvo castaño oscuro hasta poco después de los 45 años, hablan de una ascendencia mucho más colectiva, con trazas del Mediterráneo, Cercano Oriente, África y la América Prehispánica. “Un dieciseisavo de todos los pueblos de mundo”, solía decir con orgullo latino.

Una pareja dispareja, pero muy complementaria en el trabajo. Esteban siempre era el “periodista malo”, el que hacía las preguntas comprometedoras y sospechaba de la culpabilidad de todos; para quien la noticia era más importante que los sentimientos de la gente; el que podía arruinar la carrera de un colega solo por conseguir una exclusiva. Por eso le decían Esteban “El Perro” Lugo.

Gustavo, por el contrario, era el “fotógrafo bueno”. El que se acercaba a las personas de manera solidaria, las protegía del “energúmeno con libreta y bolígrafo” que desollaba su intimidad y sus sentimientos solo por lograr un titular en primera pági-

na. Ganaba así su confianza... y obtenía los datos que nunca le habrían suministrado al periodista.

Una excelente pieza de teatro muchas veces ensayada y escenificada con los mejores resultados. La verdad es que ellos siempre han tenido muchas cosas en común, gran parte de ellas de importancia trascendental: como la ética profesional, el compromiso social, el compañerismo y la solidaridad; aunque algunas son un tanto menos enaltecedoras: como los vicios, las mujeres y una incontrolable sed de aventuras, mientras más complicadas y peligrosas, mejor.

Dos periodistas de viejo cuño que ahora, uno con más optimismo que el otro, enfrentan la desagradable opción del retiro.

—Entonces, Perro ¿Decidiste echarte a morir tú también para seguirle embromando la vida a Marta en el más allá?— le soltó Chacal inclinándose retador hacia él.

Esteban contrajo la mandíbula y apretó el vaso que tenía en la mano. Se preparaba para uno de sus épicos estallidos de furia ciega. Por fortuna, Dayana se percató de la peligrosa actitud y apresuró el paso para llegar hasta la mesa conjurando los pronósticos de erupción volcánica.

—Hola, Tavito. Al fin se te ve la cara. Pensé que no te habían pintado los muñequitos y que ibas a dejar a mis niñas sin su afiche. Toma, querido, tu whisky preferido— dijo con alegría forzada y mirando de reojo a Esteban, quien aflojó lenta-

mente mandíbula y vaso, bajando la cabeza con expresión adusta, pero ya sin trazas de ira.

—Ay, mi rey, menos mal que viniste. Habla con este hombre, porque parece que quiere hacer eso que tú dices: ¡morirse! Yo he tratado de hablarle, pero no entiende razones y, para colmo, a veces agarra unas pataletas que ya me está empezando a correr a los clientes— se quejó manteniendo la vista puesta en el borracho.

—Vete a la mierda, marica de mierda... Ja, ja, ja... Marica de mierda a la mierda... Doblemente mierda... Es muy gracioso...Ja, ja, ja...—, vociferó éste.

Gustavo le dirigió a Dayana una mirada cómplice y le dijo:

—Gracias por el whisky, amiga. Tráele otro al Perro, porque su vaso ya parece tener telarañas— y dirigiéndose a su compañero de mesa le dijo:

—Hermano, tómalo con calma. Tú más que nadie sabe que las cosas pasan y hay que seguir para adelante. Marta no te habría permitido rendirte de esta manera. Tienes que sobreponerte por ella. Es lo menos que puedes hacer.

—Coño, yo lo sé, pero que quieres que haga. Ella se fue, me abandonó, no le importó morirse y dejarme solo. Ahora ya no tengo nada por qué luchar— dijo controlando a duras penas un sollozo.

—Eres muy injusto. Sabes muy bien que ella luchó hasta el último momento. Nos encomendó a todos que te cuidáramos, que no te dejáramos

solo. Tú fuiste el que se alejó tan pronto salimos del cementerio. Muchas veces te he llamado y te he buscado en los bares, pero siempre que ves a alguien conocido te escondes, escapas— le recriminó Chacal.

—Es que todos ustedes me la recuerdan y no lo puedo soportar— murmuró Esteban.

Dayana llegó en ese momento con un vaso de trago corto con no más de un dedo de whisky al que, evidentemente, le había añadido agua. Mientras lo ponía en la mesa frente a él no pudo evitar hacer algo que nunca pensó que haría: lo miró con profunda lástima.

—Vamos, Perrito. Brindemos por la esperanza de un nuevo comienzo. Te tengo una excelente proposición— dijo Gustavo levantando su vaso. Ambos bebieron, pero Esteban hizo inmediatamente un gesto de desagrado.

—Vieja loca, me “mojaste” el trago. A mí no me vengas con trampas. Sírreme otro seco y doble, para eso estoy pagando y, además, tengo que celebrar el encuentro con el Chacal. Por cierto ¿Cómo está la Chacala?

—Fastidiando, como toda mujer que se respeta. Siempre me pregunta por ti y tengo que contestarle con mentiras—, confesó el fotógrafo en el momento cuando la madama ex policía regresaba con un vaso generosamente cargado de licor.

—Bueno, amigo, brindemos por la vida y las nuevas oportunidades que te traigo—, propuso.

—No me vengas a decir que tenemos que inves-

tigar a algún narcotraficante o a un político corrupto... Aunque, generalmente, son el mismo individuo— aseguró el viejo periodista retomando su cinismo característico.

—No, mi hermano. Ahora es tiempo de recoger lo que nos costó tanto esfuerzo y sacrificio sembrar. Llegó el momento de sacarle provecho a lo único valioso que tiene un periodista...

—¡Su entrepiernas!— interrumpió Esteban jocoso.

—No me embromes, que estoy hablando en serio. Ambos lo sabemos y lo hemos aprendido con sangre. Lo único valioso que tiene un periodista es SU NOMBRE. Lo demás se lo llevan el tiempo y el viento. Si eres reconocido nunca te quedarás sin trabajo. En cambio, puedes dedicar toda la vida al periodismo, pero nunca saldrás de reportero de calle, o mejor dicho de cubrepautas, si solo te dedicas a llenar cuartillas para ganarte un salario. Hay que arriesgarse, hay que meterse en problemas. Siempre recuerdo lo que tú le decías a tus empleadores cuando te contrataban— y poniendo voz de estar pronunciando una proclama, recitó: “Ustedes me están contratando para despedirme, porque me contratan para hacer periodismo crítico y eso les va a crear problemas. Al final tendrán que salir de mí. Por eso, mis honorarios son los que son”; y estalló en una carcajada.

—Y siempre fue verdad. Siempre subíamos la circulación del periódico, empezaban los proble-

mas... y el Perro y el Chacal otra vez a la calle. Te acuerdas de la cantidad de intentos de demanda que acumulamos juntos, fueron ocho, nueve o diez. Pero nunca pudieron proceder. Nuestro trabajo siempre estuvo blindado, legal y periodísticamente. Esos sí eran tiempos de periodismo ¡Carajo!— completó Esteban con pasión.

—Pero esos tiempos ya pasaron, Perrito. Ahora hay que cosechar. Ya tú has publicado dos libros con tus investigaciones y una novela policial. Tengo entendido que estabas escribiendo otra cuando lo de Marta. Bueno, aquí te pongo la oportunidad en bandeja de plata. Volvámonos a Costa Caribe. Me ofrecieron dirigir el departamento de Fotografía la Universidad y acepté. Pero eso no es todo ¿Te acuerdas de Álvaro Carrizales, el colega con el que hicimos aquellos trabajos sobre los crímenes ecológicos y el exterminio de las etnias en La Sierra?

—¡Claro que sí! ¡Ese es mi hermano!— exclamó el Perro.

—Pues te informo que es el director de la Escuela de Periodismo y lo primero que hizo después que le acepté el cargo fue preguntarme por ti. Bueno, lo cierto es que quiere que tú te encargues de las cátedras de Investigación y Periodismo Especializado ¡Es un tiro al piso! Y la remuneración no es nada mala ¿Qué dices, nos la jugamos?— inquirió Gustavo.

A estas alturas, el cerebro de Esteban se había despejado suficiente, pero la propuesta le sonaba aún muy ajena, distante.

—Chaca, no sé. Aún no me siento con ganas de hacer nada. Es muy pronto— titubeó.

—Precisamente, mi amigo. Mientras más rápido salgas de ese hoyo, más rápido te recuperarás. Decídete, mira que nosotros ya no estamos para perder tiempo y cuando la oportunidad te la pintan calva las dudas están demás— acicateó Chacal.

—Bueno. Déjame pensarlo y te respondo cualquier día de estos. Dayana, hija, trae dos whiskeys más que la noche es joven— pidió el Perro ya más animado.

—No, catire. Usted se equivocó. Primero: nos tomamos el trago que pidió y lo llevo a su casa; segundo: me responde de una vez... y tercero: mañana mismo comenzamos a preparar el viaje— ordenó.

—Sí patroncito— respondió Esteban con su clásica imitación de campesino mexicano. Ambos estallaron en carcajadas.

La reinserción de Esteban en el círculo de amigos de su ciudad natal no fue, precisamente, muy agradable ¡Casi todos querían que les hablara de Marta! De los detalles de su enfermedad, de su sufrimiento y el de él. Por doquier se le ofrecían para compartir su tragedia... Una tragedia que él luchaba a brazo partido por olvidar... o por lo menos guardar en el más lejano rincón de su pecho.

El resultado fue obvio. Pronto se enconchó al punto de que aquellos que lo conocían comenza-

ron a comentar: “Pobrecito, la muerte de la esposa acabó con él. Ya casi ni gente es. Se ha vuelto un ogro, poco más que un animal”.

Al principio esto lo molestó mucho, llevándolo en efecto a comportarse con muchas personas como un verdadero ogro, pero luego fue acostumbrándose y, hasta cierto punto, agradeciendo que esto hubiera ocurrido, pues le permitió alejarse de todos aquellos que ocultaban, tras la máscara de la solidaridad y la compasión, la peor expresión del morbo: el placer por el dolor ajeno. Claro. Hubo también otros, contados pero no escasos, quienes, aun lamentando su luto, lo recibieron como siempre y lo apoyaron en la tarea de reconstruir su vida. Josué La Hiena, Mónica La Callejera, José El Pequinés, Moisés El Lobo, Álvaro El Pastor y, por supuesto, El Chacal y La Chacala. Todos eran integrantes de La Jauría, un grupo de periodistas que dominó el escenario local de los medios de comunicación, especialmente en las fuentes de Sucesos y Política, durante casi una década. En la lista faltan Eudy El Coyote y Pedro El Chihuahua, ambos moradores hoy de la Gran Redacción del Señor, como decía Esteban.

Poco a poco se fue adaptando de nuevo a la gente. Comenzó a dar clases, reinició su segunda novela donde había quedado cuando Marta se enfermó y la publicó unos seis meses después. Su éxito fue rotundo y potenció a la anterior, que fue reeditada, así como a sus dos libros de reco-

pilación de investigaciones, de los cuales salieron sendas versiones corregidas y ampliadas. Aunque en los últimos años no había padecido apuros financieros, ahora sí podía decir con seguridad que estaba en plena bonanza. Algo que, sin embargo, muchas veces lo sumía en una profunda tristeza, pues su esposa no estaba con él para disfrutar “las maduras”. La vida de El Perro Lugo ya nunca sería completa... y él estaba terriblemente consciente de ello.

Capítulo 2

La zorra

Pese al esfuerzo de los amigos, Esteban no terminó nunca de adaptarse nuevamente a la vida social. De vez en cuando se veía con algunos de ellos en La Firma de Oro, en la zona vieja de la ciudad. Era un lugar donde los periodistas de su generación continuaban reuniéndose más por tradición que por los atractivos del lugar, casi nulos. Allí bebían cerveza y, como también era su costumbre, armaban y desarmaban el mundo.

La experiencia en la Universidad tampoco duró mucho, apenas cuatro semestres. Él prefería quedarse en su casa y escribir, labor que cada día lo absorbía más y le permitía escapar de sus dolores y frustraciones. Ahora estaba experimentando con temas más filosóficos y sociales, alejándose poco a poco de la novela negra, estilo en cual produjo otras dos obras bastante bien recibidas por la crítica especializada.

Sin embargo, más por complacer a su amigo Álvaro que por vocación pedagógica, continuó dando talleres anuales sobre Investigación Periodística, Periodismo de Precisión y Especializado.

Durante un tiempo sus amigos se confabularon para conseguirle pareja. Salió con algunas de las candidatas, se llevó a una que otra a la cama, pero siempre terminaba con un inmenso vacío interior.

A vuelta de unos dos años se resignó a no buscar más compañera. Sus necesidades biológicas

las satisfacía con el vicio de Onán, más como un ejercicio aeróbico y cardiovascular que por el placer en sí mismo.

Sin embargo, esto también terminó por aburrirlo, por lo que hace unos tres años, y muy en contra de sus principios, comenzó a servirse de prostitutas.

Aunque su vida personal y profesional estuvo constantemente ligada a los bajos fondos, Esteban Lugo nunca se permitió la debilidad de pagar por sexo. Le parecía algo tan frío y comercial que de solo pensarlo caía en un completo estado de “frigidez masculina”, como él mismo la calificaba.

No es que nunca se hubiera acostado con meretrices. Lo había hecho en varias ocasiones. Pero en su descargo aseguraba que en casi todas se enteró de oficio de la “afortunada” después de la intimidad. Solo hubo una o dos que, conociendo él su forma de ganarse la vida, supieron establecer una cierta conexión sentimental. Lamentablemente éstas relaciones nunca terminaron de la mejor manera.

Este era, precisamente, uno de los argumentos que el periodista esgrimía para justificar su rechazo a los “amores pagados”.

—Caballeros, las putas terminan siendo como soldados con síndrome post traumático —afirmaba ante sus amigos— Al igual que ellos, viven en un mundo terriblemente duro y peligroso, temiendo constantemente por su seguridad física e incluso por sus vidas. Ellas, como los soldados, se van traumatizando, volviéndose agresivas, vio-

lentas, paranoicas. Es la única forma posible de enfrentar ese mundo tan cruel en el que se envuelven. Esa actitud enfermiza es a la que yo, sinceramente, le tengo pánico. Ya me ha tocado tener que salir huyendo de una puta que, armada con un cuchillo de cocina, pretendía despojarme de las gracias que Dios me dio— completaba con expresión tragicómica ante la risa destemplada de sus contertulios.

Como agregado a ello, también temía los posibles contagios de enfermedades venéreas, algo que, incluso, lo llevó a limitar sus aventuras con mujeres casadas o con pareja fija.

—Hay que cuidarse también de las casadas, porque uno no sabe dónde meten su aparatito los maridos— decía con actitud de lama tibetano.

—o—

Sin embargo, llegó el momento cuando sus necesidades fisiológicas resultaron más imperativas que su buen juicio.

Fue una noche cualquiera en la que decidió recordar sus viejos tiempos de bohemia y se adentró en la zona rosa de la ciudad. Luego de visitar varios burdeles, en los que ya no conocía a nadie, terminó sentado en la barra de un coqueto salón todo decorado en vino tinto y con una tenue iluminación, que apenas permitía ver las siluetas de los presentes y la cara del barman solo cuando escanciaba la nueva ración de whisky en su vaso. No llevaba media hora en el lugar cuando escuchó tras de sí una voz casi infantil.

—¿Por qué tan solito, mi rey? ¿Te puedo acompañar? Su rostro asumió de inmediato la expresión de fastidio que ya se estaba haciendo común en él y se volteó lentamente para despedir a la inoportuna con la mayor cortesía que le permitía su actual vida anacorética. Aún sin completar la vuelta, su nariz percibió un lejano olor a mandarina y sándalo que lo detuvo menos de un segundo a mitad de la acción. Con el torso a medio camino, terminó de orientar su cabeza hacia la mujer ¡Era poco más que una niña!

Como en sus mejores tiempos de reportero, hizo una evaluación instantánea de la chica. Tenía la cara muy redonda, pero proporcionada. Ojos negrísimos y algo rasgados. Este conjunto hablaba de ascendientes indoamericanos. Era de cuerpo también redondeado, pequeñito pero voluptuoso, y con la cintura bien marcada. Aunque no podía ver su espalda, la adivinaba mórbida y de grupa alta sin llegar a ser caballuna; nalgas firmes y amplias. Sin embargo fueron sus senos los que más lo impresionaron. Eran perfectamente redondos y turgentes. Casi los podía ver a través de la estrecha y traslúcida blusa. Este breve y preciso análisis estuvo acompañado todo el tiempo por el olor a mandarina y sándalo, que al estar de frente a ella se hizo más franco y, curiosamente, estuvo a punto de dar al traste con la breve aventura amorosa que pronto ocurriría.

—Marta—, murmuró Esteban por reflejo.

—¿Cómo me llamaste, mi amor? Yo soy Penélo-

pe, no me confundas. Soy única y te lo puedo demostrar si me dejas acompañarte y me brindas un trago— dijo la muchacha con desenvoltura.

Sí. Marta olía a mandarina y sándalo, pero incluso de una manera más fresca, con toques de miel de abeja y canela. Era su olor característico, propio, personal. Por eso él prefería que no usara perfume alguno cuando hacían el amor. Así podía emborracharse con su delicioso aroma mientras ambos rompían las barreras del placer.

Esteban seguía absorto contemplando, y oliendo, a la pequeña hetaira, quien pareció impacientarse un poco ante su obsesiva mirada.

—¿Entonces, querido, te comieron la lengua los ratones... o es que soy demasiado bella para ti?— preguntó retadora.

Eso bastó para que el viejo saliera bruscamente de su trance. Mirando a la chica directamente a los ojos le hizo señas al barman, quien no tardó más de unos segundos en poner sobre el mostrador el típico “coctelito de puta”, compuesto generalmente solo por zumo de frutas y, en contadas ocasiones, una o dos gotas de licor para justificar su costo, que en muchas ocasiones supera el del mejor whisky. Esto forma parte de los beneficios laborales extra de las ramera. Por cada “coctelito” les entregan una ficha, igual ocurre si consiguen que el cliente pida un trago. Sin embargo, la fichas de cocteles les reportan más beneficios al negocio que las de tragos normales, pues la inversión en los primeros es muy poca para el estable-

cimiento. Esa es la razón por la cual su contenido alcohólico es nulo o casi nulo, pues mientras más consuman más dinero ganan las chicas y el bar, pero a ningún negocio le conviene tener putas borrachas, pues son muy mala publicidad y una inagotable fuente de problemas.

Mientras ella degustaba su “jugo”, él intentó pedir que le recargaran el trago, pero la joven se lo impidió. —Espera, papi, yo te lo pido. Frank, qué te pasa, tienes a mi amigo seco como el desierto— le solicitó alegremente al hombre detrás de la barra, mientras Esteban decía para sus adentros: “Otra ficha más”.

Ella esperó que lo sirvieran y de forma teatral levantó su copa, la chocó contra el vaso de él, que no tuvo tempo siquiera de levantarlo, y se tomó todo el contenido, que no era mucho, de un trago. Luego le mostró el recipiente vacío invitándolo a que hiciera lo mismo. El viejo conocía muy bien la táctica, pero decidió seguirle el juego, a lo que ella respondió pidiendo con entusiasmo “otra ronda, Frank”.

Por “cortesía profesional”, la muchacha intentó buscarle conversación con preguntas trilladas: ¿Eres de por aquí? ¿En qué trabajas? ¿Esperas algún amigo? ¿Habías venido antes?; a lo que él respondía con monosílabos e imprecisiones.

—Bueno, se ve que no quieres hablar mucho ¿Qué te parece si nos vamos a un lugarcito íntimo y la pasamos bien los dos solos y junticos?— le preguntó con estudiada picardía.

—¿Cuánto?— inquirió lacónico.

Ella le dio el precio, pero aclarándole que además tenía que cancelar lo consumido hasta el momento, comprar por lo menos media botella de licor y pagar la habitación. El asintió y dejó en manos de ella el resto del trámite.

Momentos después caminaban por un estrecho y mal iluminado pasillo al que se accedía desde el mismo salón. La chica iba delante contoneándose con gracia. Un leve olor a cloro y creolina se percibía en el ambiente.

La habitación era estrecha, con espacio apenas para moverse a los lados de la cama, que no estaba tan mal como él temía. Un pequeño baño completaba el espacio.

—Voy a orinar primero. Si quieres te vas desvistiendo— instruyó ella.

De repente él sintió que no hacía nada en ese sitio, que lo mejor era largarse y dejar todo como estaba. Sin embargo, dentro de sí comenzaba a crecer una incontrolable curiosidad. Era su atávico espíritu aventurero. Miró la media botella de whisky que se vio obligado a comprar y decidió seguir adelante. Ignorando los dos vasitos plásticos que le anexaron como “servicio de descorche”, abrió la botella y tomó un largo trago directamente. Cuando la estaba depositando de nuevo en la única mesita de noche de la habitación, la jovencísima prostituta salió del baño. Ya se había desabotonado la blusa y soltado el sostén, que se balanceaba delante de sus senos sin dejarlos ver aún.

—Estos baños inmundos no tienen siquiera donde colgar la ropa—, protestó.

Al ver que él seguía vestido le lanzó una mirada recriminatoria.

—Epa, niño. Estás dormido. Aquí no vinimos a jugar carritos. Quítate esa ropa y vamos a lo que vinimos. En este negocio el tiempo es dinero— le dijo abandonando toda la fingida sutileza que mantuvo hasta hace unos minutos.

Él comenzó a quitarse mecánicamente la camisa mientras ella se despojaba rápidamente de la blusa y los sostenes, que dejaron ver al fin sus verdaderamente espléndidos senos. Los dos meloncitos perfectamente redondos temblaban ligera y seductoramente a cada uno de sus movimientos. Mostraban amplias areolas decoradas con sendos pezones largos y agudos, evidencia de que por sus venas corría un poco de sangre africana.

Él se volvió a congelar mientras la veía desnudarse. Su cuerpo era un paraíso de redondeces excelentemente proporcionadas. No se había equivocado en ningún detalle de su “diagnóstico”. De pronto le vino a la mente una imagen que lo obligó a esbozar una sonrisa. La chica era muy, pero muy parecida, a las muñequitas hawaianas que hace tiempo muchos conductores colocaban en el tablero de sus carros.

—Pero, hombre, sigues lerdo. Yo sé que estoy buenota, pero la vaina no es para tanto. A ver, déjame ayudarte— y comenzó a desabotonarle el pantalón.

—Pero mira esto. Lo tiene muertecito ¿Qué pasa, no te gusto... o eres impotente? A no, chico, ven, échate un trago y relájate— le dijo como si estuviera hablando con un niño y espero a que él bebiera— Eso es, métele candela a ese cuerpo. Se ve que no estás acostumbrado, lo que me sorprende por tu edad, pero ya he visto esos casos. Mira, mi amor, si me pagas un poquito más te la chupo ¿Vale?

Esteban apenas asintió y chica lo empujó suavemente hasta sentarlo en la cama, le sacó el miembro e inició su trabajo con maestría. Casi de inmediato el órgano comenzó a tomar vida y ella le mostró su satisfacción mirándolo provocativamente a los ojos.

Cuando logró la consistencia deseada se levantó y fue a acostarse en la cama boca arriba y con las piernas un poco recogidas. Él se apresuró a deshacerse de zapatos, pantalón y ropa interior de una sola vez, pero se le olvidó quitarse los calcetines, o prefirió no perder tiempo en ello.

La sesión duró solo unos minutos, pero Esteban la disfrutó, por lo menos físicamente. Sin embargo, a medida que avanzaba el coito iba desapareciendo el olor a mandarina y sándalo, que era sustituido por otro más común, más vulgar, era lo que los italianos llaman “odore di donna” (olor de mujer). No le desagradaba, pero destruía completamente la ilusión de intimidad que se había creado. Entonces apresuró el paso y descargó en el preservativo que ella misma le había puesto.

Por unos instantes, el viejo se sintió en paz y relajado. Entrecerró los ojos mientras recobraba el aliento. Ella, en cambio, se levantó con presteza, recogió su ropa interior y la cartera para entrar nuevamente al baño. Casi de inmediato se sintió correr el agua por el inodoro. Entre tanto, el viejo sacó el dinero de la cartera, contó el monto total acordado y añadió un par de billetes.

En ese momento la mujer salió del baño ya con la minúscula tanga y el sostén puestos. Él le entregó el pago, que contó de inmediato.

—Gracias por el extra, viejito. Si te vas a quedar, asegúrate de cerrar bien la habitación, aquí uno no sabe quién puede entrar. Hay que estar siempre prevenido— le dijo mientras terminaba de vestirse a paso veloz.

Sin siquiera mirarlo se dirigió hacia la puerta, desde la cual le recordó: “Ciérrala bien”; y desapareció sin despedirse.

Esteban se quedó como en trance. Todo lo ocurrido desde que entró a aquel burdel flotaba en su mente como un sueño. Poco a poco el inmenso agujero de su pecho comenzó a abrirse de nuevo. Se puso boca abajo y hundió la cara en la almohada para ahogar un sollozo.

Cuando logró reponerse miró el reloj. Ya era plena madrugada por lo que decidió esperar el amanecer. Sabía que ya no podría dormir. Contó los cigarrillos que le quedaban en la cajetilla (cuatro) y calibró la cantidad de whisky de la

botella. Como en los tiempos cuando le tocaba “hacer plantón” en algún sitio a la espera que se produjera la noticia, elaboró un plan de consumo de esos “recursos”. Se fumaría un cigarrillo cada hora, lo que le dejaría todavía uno para salir de aquel antro. El licor lo administraría con uno de los vasitos de plástico a razón de un traguito cada media hora. Satisfecho con sus cálculos inició el racionamiento. Encendió un cigarrillo y a la segunda chupada sirvió una pequeña ración de la bebida, que consumió apenas sorbiendo unas gotas cada vez. Alternó así hasta que le quedó solo el cabo del cigarrillo, que aspiró lentamente hasta poco más allá del filtro. Luego se tendió boca arriba en la cama y puso la mente en blanco. Tres horas después comenzó a escuchar el trinar de personas en el pasillo. Con el cigarrillo “sobreviviente” recién encendido, salió de la habitación tratando de orientarse de nuevo hacia el salón. Una empleada de limpieza se interpuso en su camino y sin pronunciar palabra le indicó la dirección contraria. Mientras caminaba volvió a percibir el olor del cloro y la creolina, pero esta vez más fuerte, más fresco, y aliñado con aromas de aserrín mezclado con queroseno, sudor, perfume barato, tabaco y licor rancios. “El olor de la bohemia”, diría Vinicio, su compañero de tesis y de farras estudiantiles.

Al final del oscuro pasillo topó con una puerta metálica con manilla de palanca. La abrió y un chorro de luz lo cegó por un momento. Era el

estacionamiento del burdel. Parece que él no fue el único que pernoctó allí, porque había unos seis o siete carros estacionados.

Caminó hasta la avenida para tomar un taxi con destino a su departamento. Al llegar fue directo a donde guardaba sus reservas de cigarrillos y extrajo una nueva cajetilla que destapó de inmediato, la golpeó suavemente contra su mano izquierda y tomó uno directamente con la boca. Tras encenderlo, se dirigió al barcito y se sirvió medio vaso de whisky. Así armado, caminó hasta la cocina, dejó el trago en la mesa y, sin separar el cigarrillo de sus labios durante toda la operación, preparó y encendió la cafetera. En cuestión de minutos, y un cigarrillo más, el departamento comenzó a oler a la reconfortante infusión. Tomó una tasa con su nombre grabado y el logotipo de un organismo policial, la llenó hasta la mitad, la condimentó con el licor que aún quedaba en el vaso y fue a sentarse en el sillón frente al ventanal.

Allí permaneció hasta casi mediodía. Durante ese lapso analizó fríamente su aventura de la noche anterior y se prometió no volver a “caer en las garras de la concupiscencia”. Sin embargo, ya no había vuelta atrás. El Perro había probado carne palpitante de nuevo y no había fuerza que pudiera controlar el renacer de sus instintos.

Durante varias semanas se dedicó a revisar los avisos clasificados de servicios sexuales que publicaban los diarios locales. No dejaba de hacerle gracia el hecho de que, durante mucho tiempo, él

mantuvo una campaña contra estos avisos, apoyado en la Ley, que tipifica como delito “la promoción y explotación de la prostitución para beneficio propio”, que es exactamente lo que hacen esos diarios, pues cobran por dicha publicidad.

También publicó varios reportajes denunciando la difícil y peligrosa vida de las prostitutas, que esa misma ley, por fortuna, considera víctimas y no criminales. En ellos hizo especial énfasis en la abominación que significa la prostitución infantil, cada vez más extendida en el mundo, tanto en los países ricos, Estados Unidos e Inglaterra por ejemplo, como en las llamadas naciones del tercer mundo en África, Latinoamérica y Asia. Un verdadero cáncer social a su juicio.

Sin embargo, el hombre es un ser plagado de contradicciones y ahora enfrentaba una lamentable paradoja de la que se sentía avergonzado, pero de la cual no podía, ni quería, escapar.

Con el seudónimo de “Cerberos” (el mítico can que guarda las puertas del Infierno), comenzó a solicitar “servicios” en varias “agencias” hasta terminar por quedarse con Electra, ya que el nombre lo refería a la mitología griega, algo de lo cual era muy afecto, y las mujeres eran aceptablemente presentables.

De eso hace casi tres años. Por lo menos una vez al mes, Esteban llama a Electra y solicita una chica. Siempre especifica que sea delgada, pero no huesuda; de estatura normal a pequeña, con los senos firmes pero no grandes (abstenerse las

que tienen implantes, insiste), así como discretas y poco habladoras. Con estos dos últimos atributos no ha tenido la suerte que esperaba, pero tampoco la cosa ha sido grave.

Generalmente las solicita los lunes, pues sabe por experiencia que la mayoría de las prostitutas profesionales toman libre ese día, debido a la baja clientela y que entre viernes y sábado logran sus mayores ingresos. El domingo no cuenta, pero el lunes están “de guardia” las novatas, que quieren hacerse de una “cartera de clientes”, y algunas universitarias, especialmente las forasteras, quienes con este oficio se ayudan a pagar los estudios. Según él, las particulares características de la oferta de servicio de ese día le dan ciertas seguridades al cliente. En primer lugar se trata, en su mayoría, de mujeres jóvenes y poco trajinadas, por lo que han estado expuestas a menos “agentes contaminantes”, tanto sanitarios como sociales. En segundo lugar, y quizás el más importante, es que durante ese día son solicitados menos servicios, por lo que las chicas están más “frescas”.

Aunque la solución que le ofrece Electra es suficientemente adecuada, el viudo no logra cubrir con ello todas sus necesidades. Indefectiblemente, luego de saciar sus apetitos animales lo invade la desesperanza y la soledad. Es como si estuviera ahogándose, desesperado por respirar, pero la corriente lo lanza a una catarata interminable, donde consigue un poco de aire pero la eterna caída lo asfixia aún más y lo envuelve en un an-

gustioso vértigo que en no pocas ocasiones le hace añorar estrellarse contra el suelo y acabar con ese inexorable descenso, constante, abrumador e inevitable.

Después de esas sesiones de sexo pagado, siempre viene a él la imagen de Marta, reprochante e inaccesible ¡Cuánto daría por poder tenerla al frente y explicarle que solo se trata de satisfacer una necesidad animal, un imperativo fisiológico! Que ella ocupa todo su corazón, que ninguna piel puede borrar la suya, que ningún olor puede hacerle olvidar el suyo, que ninguna sonrisa compite en belleza y frescura con la de ella.

Entonces lo ataca la depresión, el dolor, el miedo, las ganas cobardes de acabar con todo, de rendirse, de abandonar una lucha que cada vez siente menos importante, menos satisfactoria, menos válida.

Entonces se hunde en el alcohol hasta embrutecerse, fuma como un demente, tratando de asfixiar sus sentimientos, y escribe, escribe, escribe y escribe... hasta que los dedos se le agarrotan, hasta que las ideas se extinguen y comienza a narrar estupideces, a redundar con obsesión, a convertir en intrascendentes anécdotas los hechos más relevantes.

Entonces deja de ser gente, deja de ser hombre para convertirse en un perro apaleado y cobarde, en un can lazaroso y mugriento que vaga por la vida como un descartado, ansiando el golpe final de guadaña que termine, de un solo tajo, su ya inútil vida, su inmerecido sufrimiento.

Echado en el sillón frente al gran ventanal, Esteban contempla el lento descenso de las gotas de whisky por la pared donde se estrelló el vaso hace instantes. Su mentalidad práctica se abre paso por el espacio nebuloso en que está convertido su cerebro y trata de recordar dónde tiene guardado el detergente, los trapeadores y la palita de recoger basura. Es una característica suya que aún sorprende a quienes lo conocen. Sin importar la gravedad o la urgencia de la situación, siempre se toma tiempo para ordenar las cosas, aclarar las situaciones, realizar los trámites que los demás, por premura, rabia o dolor; se olvidan de hacer. Es como si se anesthesiara ante las urgencias. “Despacio, que llevo prisa”, sentenciaba.

—Si desordenas algo ¡arréglalo de inmediato! Si ensucias algo ¡lávalo al momento! ¡Si tienes un muerto en la familia! Llama a la funeraria primero y después lo lloras. Esas pequeñas cosas, si se dejan para después, te van a complicar. No puedes permitir que el pasto crezca hasta que no te deje ver el camino— educaba con férrea convicción a los que querían escucharlo.

Mientras su mente establece la ubicación de los artículos de limpieza, el viejo se lleva a la boca el cigarrillo que tiene aún en la mano, pero descubre con desagrado que se ha apagado hace ya tiempo. Lo tira en la mesita de la lámpara años 70 y busca la cajetilla, pero su mano tropieza con un pedacito de papel. Es la hoja de libreta donde la puta de perfume barato y asfixiante le ha escrito

su número de teléfono. Lo toma y lo acerca pausadamente a sus ojos. Una sonrisa triste asoma a sus labios. Las cifras están escritas en tinte rojo. Ese color ha sido su emblema toda la vida. No porque se haya especializado en Sucesos, como piensan muchos amigos. La cosa es mucho más antigua. Viene de su infancia. Del gusto que tenía su madre, Carmen, por las rosas de ese color. Ella, siempre que podía, tenía rosas rojas en la casa, las cultivaba en el jardín, las pedía para su cumpleaños, el Día de las Madres o Navidad. Justificaba esa afición por la belleza de esas flores, pero principalmente por su color, que era, según ella, el color de la vida, de la pasión, de la energía universal. Escuchando esto desde los seis o siete años, Esteban terminó por asimilar profundamente esos conceptos y hacer del escarlata su “insignia nobiliaria”.

Ahora, “una puta asquerosa” lo utiliza para dejarle su número de teléfono “¡Eso es una herejía!”, piensa con cínico humor y su sonrisa se hace más amplia y espontánea. Arruga el papelito y lo deja donde estaba, al lado de la cajetilla de cigarrillos. Abandona la idea de fumar y se levanta pesadamente en busca de los implementos para “limpiar este desastre”, prometiéndose por enésima vez nunca más contratar una ramera.

La abstinencia le duró poco más de un mes. Fue precisamente un lunes, mientras dictaba uno de sus talleres, cuando su aún saludable carga hor-

monal lo traicionó. El auditorio estaba integrado principalmente por estudiantes de los últimos semestres de Periodismo y Letras. Obviamente, como es característico de estas carreras, el número de mujeres era bastante mayor al de hombres. Esto en sí no fue el problema, pues generalmente esa era la composición de su auditorio.

El detonante de su estallido de libidinosidad se presentó en la forma de una muchacha de la primera fila, no mayor de 23 años, algo feúca, de piel clara y cabello teñido de rojo, piernas larguísimas que asomaban tentadoramente de una corta falda imitación de cuero. Su blusa, muy ajustada, permitía adivinar unos senos soberbios y sólidos. Casi podría asegurar que tenían una buena dosis de silicona. Sin embargo, no fue su imagen la que provocó el violento estallido de deseo en el viejo profesor ¡Fue su actitud! La chica, casi acostada en la silla, abría y cerraba muy lentamente las piernas mientras mantenía puesta su mirada en la de él con una cruel expresión de “aquí lo tengo, pero no te lo doy”. Ese descarado ataque visual le hizo olvidar en varias ocasiones el tema de su disertación, especialmente cuando centraba su mirada en la entrepiernas de la joven o chocaba con los ojos de ella, burlonamente retadores. Dentro de su pantalón comenzó a sentir los efectos de aquella incitante situación, por lo que fue a refugiarse detrás del podio, cosa que nunca hacía. Escuchando su propia voz distante y ajena, continuó la perorata en tono francamente aburrido

mientras su mente regresaba con violenta rapidez casi tres décadas, hasta el momento cuando vio por primera vez esa misma mirada.

Mónica era una pasante algo mayorcita, no menos de 25 años si mal no recuerda. Había abandonado la carrera a la mitad y la retomó un par de años después. Ya a esas alturas no era, por supuesto, una niña de pecho. Además tenía una sólida cultura y una personalidad ya madura que, para desgracia o dicha de algunos, era completamente avasallante. Por supuesto que fue contratada apenas se graduó, asignándosele la fuente de Política, en la cual reinó casi desde el primer momento. Su carisma era tal que aun siendo pasante fue incorporada a La Jauría, ese selecto grupo de periodistas de primera línea que marcaban la pauta en los medios locales de la época. Se la bautizó (él la bautizó) con el remoquete de Perra Callejera, que pronto fue reducido, por delicadeza, a Callejera o simplemente Calle.

Ella es la única mujer ante la cual Esteban El Perro Lugo se sintió inseguro, dominado, manejado como una marioneta. Especialmente porque fue ella quien lo cazó a él. Para eso se valió, precisamente, de esa mirada, de ese constante ataque visual, ese decirle con los ojos: “Sé que te mueres por tenerme, pero no te atreves, tontico”. Eso lo enervaba, lo desquiciaba, lo llevaba a inexplicables cambios de humor, a olvidos y titubeos cada vez que ella estaba cerca de él, apuntándolo sin compasión con esa hipnótica mirada. Finalmente

no pudo soportar más y, pese a todo lo que le advertían sus instintos de conservación, se dejó arrastrar por esa sensualmente retadora actitud.

Sin embargo, el remedio fue peor que la enfermedad ¡Ella hacía el amor como un hombre! Lo controlaba, lo poseía, lo usaba, se satisfacía con él como un camionero lo haría con una doncella de colegio religioso. Y Esteban, como esa doncella enamorada, lo soportaba todo: sus desplantes, su racionamiento de caricias para hacerlo sentir síndrome de abstinencia y, lo que era peor aún, verla dirigir la misma mirada a otros, que ya tenía en su lista de próximas víctimas. Una verdadera vampiresa hambrienta de sangre nueva.

Le costó mucho esfuerzo escapar de ella y de la alocada pasión que despertaba en él. Marta fue su salvadora. Se refugió en su regazo, en su olor, en su amor franco y transparente. Sin embargo, nunca pudo perdonarle a Calle que aceptara el final de la aventura de una manera tan desapasionada, como si fuera algo intrascendente, la despedida entre simples conocidos que se dan un beso de obligada cortesía en la mejilla.

Un aplauso, que sintió también como una mera cortesía, lo devolvió de golpe al auditorio. Hacía unos minutos que había terminado su disertación sin darse cuenta y el aplauso fue la manera que encontró alguno de los asistentes para romper el embarazoso silencio. El viejo se apresuró a meter sus papeles y libros dentro del maletín. En ese momento la chica del pelo rojo pasó delante de

él y le dijo con voz cómplice: “¿Qué le pasó hoy, profe? Estaba como ido ¿Será que pensaba en la novia?”; y le hizo un guiño antes de seguir su camino. Ella sabía muy bien que era la causante de todo eso y rebozaba de orgullo. “Las mujeres son todas put...” El recuerdo de su esposa le impidió terminar la frase.

—O—

Esteban salió presuroso de la Universidad y se dirigió al centro de llamadas desde donde siempre contactaba a Electra.

La recepcionista de turno lo atendió.

—Hola Cerberos. Estabas perdido mi vida. Mira chico, hoy no tenemos mucha oferta, pero hay unas universitarias nuevas que son encantadoras ¿Te la juegas?

Él le respondió que cualquier cosa estaba bien, pero que la chica que le enviaran tenía que ser... y repitió nuevamente su trillada lista de exigencias.

—Bueno, tengo una que te puede gustar, pero está, como dices tú: “algo huesuda”; y es medio pechugona, aunque estoy seguro que te va a encantar ¡Es un amor de mujer!— aseguró la recepcionista exagerando su entusiasmo.

El viejo le indicó la hora en que la esperaría y colgó. Por unos instantes se quedó pensativo en la cabina, un poco arrepentido, pero al considerar que pronto estaría con una mujer comenzó a sentir la familiar tensión en sus pantalones. “A lo hecho, pecho”, se dijo.

Miró el reloj. Apenas comenzaba la tarde. Almor-

zaría pasta marinera en el restaurante de Gina y luego pasaría un rato por La Firma de Oro, se tomaría un par de whiskies (cerveza no, porque baja la guardia) y, si tenía suerte, encontraría a alguno de “los muchachos” para charlar un poco, cosa que siempre lo relajaba y, definitivamente, hoy estaba alterado.

Con la decisión de un legionario, emprendió camino a paso vivo.

Comió con parsimonia. Aunque sabe que no existe ninguna prueba científica contundente sobre las propiedades afrodisiacas de los mariscos, siempre que tiene sus citas amorosas rentadas selecciona platos con estos productos del mar. “Uno nunca sabe”, se decía. El acompañante regular era pan con ajo (aunque luego tuviera que cepillarse la boca escrupulosamente) y dos o tres copas de vino blanco.

Cerca de una hora después se dirigía satisfecho a La Firma de Oro. Al entrar saludó a Francisco, el viejo y enjuto propietario, quien sin devolverle el saludo le dijo: “Ahí están los tuyos”, señalándole simultáneamente con la boca el fondo del salón. El Chacal y La Hiena estaban arrellanados ante sendas jarras de cerveza. El segundo de ellos fue el primero en verlo.

—Hi, old dog— dijo valiéndose de su inglés nunca perfeccionado, pero funcional— Dichosos lo ojos que te ven. Caramba, mi hermanito, los años parece que no pasaran por ti... ¡Todos se te van quedando encima!— bromeó soltando la carac-

terística risa aguja y espeluznante que le había valido el apodo.

—Uno tarda mucho en llegar a ser joven, decía Pablo Picasso— retrucó el aludido.

—Epa, Pancho, ponle una birra al rey canino— solicitó El Chacal.

—No, viejo. Tráeme un whisky, pero del que guardas para los amigos, no el lavagallos ese que les vendes a los forasteros— corrigió Esteban.

Poniendo una teatral cara de sorpresa, Gustavo lo miró de hito en hito y exclamó:

—Parece que hoy tenemos revolcón ¿Quién es la víctima, una loquita estudiante de Periodismo o, lo peor que puede ocurrir, una colega profesora? Mira, Perrito, tú sabes muy bien que las viejas periodistas, o más bien las periodistas viejas, son la peor inversión. Todas están traumadas y de remate con sus ínfulas de intelectualidad. Imagínate que una, estando en la cama en plena faena, me pidió que le declamara a Neruda. No le di un tortazo porque ya estaba en el punto de no regreso. De no ser así, todavía se estaría sobando.

—Déjate de vainas, Chacal. Es que acabo de comer y estoy muy lleno— se defendió Esteban acusando el golpe.

—¡Qué va, muchachote! Yo te conozco como si te hubiera parido. Me quito el nombre si esta noche no mojas tu minúsculo aparatico— devolvió el fotógrafo.

—Epa, no te mandes ¡Minúsculo no!— aclaró el periodista simulando estar ofendido. Los tres soltaron las carcajadas.

Durante varios minutos hablaron de los temas de siempre: política, periodismo y mujeres. Más de este último, por supuesto.

De pronto sonó el teléfono celular de El Chacal, quien primero miró la pantalla para ver quién llamaba y luego contestó:

—Si mi amor, dime ¡Mierda! Y está muy alta... Okey, voy para allá. Váyanse preparando y llama al doctor— instruyó rápidamente y cerró la llamada. Dirigiéndose a sus contertulios explicó que su hijo menor estaba con fiebre alta y tenía que acompañar a su esposa para llevarlo al médico.

—¡Carajo! Pero ese muchacho ya tiene 10 años. Es casi un hombre. Acaso tú eres pediatra. Mándale a tu mujer el código del seguro y listo... o es que pretendes dejar a tus amigos desamparados en plena situación de bohemia, hombre desalmado y sin corazón— lo reconvino Josué La Hiena soltando su terrible risita.

—Anda a vestir a tu abuela— le respondió Gustavo algo menos que serio.

Luego que se fuera el fotógrafo, la charla entre los dos restantes se mantuvo viva unos minutos más y luego languideció. Finalmente se despidieron y La Hiena prometió reunir a toda La Jauría el sábado siguiente en ese mismo lugar.

—o—

El reloj marca las 10:45 pm. Esteban ya se encuentra vestido y ligeramente perfumado. Camina con impaciencia por la sala. Nunca ha podido evitar sentirse algo nervioso antes de estas aven-

turas. Es como cuando va a viajar. Toda su vida ha andado de un lado para otro. Ha trabajado en casi todo el país, en ocasiones en tres estados distintos casi simultáneamente. Viajar, más que una costumbre, es para él una necesidad espiritual, pues le resulta muy abrumadora la rutina de un lugar fijo. Sin embargo, cada vez que le toca hacer maletas, cada vez que debe abordar un avión, un barco o un autobús con destino a una nueva experiencia de vida lo asalta la misma inquietud. Es la expectativa de lo nuevo, de lo desconocido. De pronto recuerda que no se ha tomado la “píldorita azul”. No es que realmente la necesite, se repite cada vez, solo que no quiere arriesgarse a hacer un papelón si es que la mujer que le envían no es suficientemente de su gusto o que ese mismo nerviosismo que siente ahora termine por traicionarlo “en el momento de la verdad”.

Rápidamente va al cuarto y saca la cajita de la última gaveta de su armario. Se toma la píldora en seco y se dirige al bar, sirve medio vaso de whisky con el que consigue que el medicamento milagroso baje hasta el estómago. Con fastidio cae en cuenta que debe cepillarse la boca de nuevo. Desde los tiempos de noviazgo, Marta, quien no fumaba y bebía muy comedidamente, lo convenció de lo poco atractivo que podía ser el olor a licor y tabaco.

Mira nuevamente el reloj, 10:55 pm. La mujer debe estar al llegar, por lo que se apresura a cumplir el rito de aseo bucal.

Cuando ya se está secando la cara suena el timbre de la puerta. Se dirige a la sala y de reojo mira nuevamente el reloj, 11:02 pm. Es la primera vez que una de sus chicas llega puntual. Generalmente debe esperarlas alrededor de 15 minutos, aunque algunas han llegado después de los 20.

Mientras camina pausadamente hacia la puerta un conocidísimo olor le hace perder el paso. Mandarina, sándalo, miel y canela en perfecta combinación. Titubea frente a la lámina de madera, que no tiene la previsión de un “ojo mágico”, y acerca su cara a unos centímetros de ella. Aspira lenta y profundamente para corroborar su primera impresión. Nota algunos trazos frutales y de flores, pero sabe ubicarlos en un nivel diferente al del aroma inicial. Mentalmente bendice esta sorprendente capacidad suya, desarrollada en paralelo a su ejercicio profesional, que lo había adiestrado a detectar los olores más tenues. Esto fue determinante en su trabajo pues, como siempre decía: los aromas de una escena del crimen, del despacho de un funcionario o de una simple persona dicen mucho más que cualquier interrogatorio. Gracias a esa habilidad pudo lograr algunos de sus más relevantes “tubazos” periodísticos.

El timbre de la puerta lo saca de su ensimismamiento. Respira profundo nuevamente, pero esta vez para tranquilizarse, y abre lentamente la puerta. Ante él aparece una muchacha pálida de poco más de 20 años, piel muy blanca, casi transparente; ojos almendrados y de larguísimas pestañas,

bastante delgada y no más de 1,60 metros de estatura. Viste de una manera demasiado decorosa para su oficio: zapatos de medio tacón, falda de mezclilla, corta pero no mini, y suéter rojo bastante ajustado sin ser provocador, pese a que sus senos son evidentemente generosos... o quizás la delicadeza de su figura los hacen notarse más, se dice el examinador para frenar su rechazo natural a los senos grandes.

También detalla que alrededor del cuello de la chica asoma una delgada cadena de oro, que indiscutiblemente debe sostener un pequeño crucifijo. El hombre experimenta un extraño desconcierto ante la mujer que tiene al frente. ¡Una puta que no parece puta!

Dedicado a este análisis, Esteban no se percató de que, al verlo, la chica asomó un chispazo de sorpresa en sus ojos y muy quedo exclamó: “¡Por Dios!”; bajando instintivamente la mirada.

Concentrándose nuevamente en los olores que despiden la muchacha, el viejo concluye que las frutas y las flores provienen del perfume que ella se puso, pero está casi seguro de que el otro olor, el de Marta, le brota de la piel. Como un fogonazo le viene a la mente la imagen de su primera aventura de este tipo, la redondeada Penélope, y la triste decepción que ella significó. Por un instante piensa en decirle a la chica que se vaya.

—Disculpe ¿Puedo entrar?— le pregunta ella ya recuperada de la primera impresión que le causó el viejo, quien capta al momento que lo trata de

usted, cosa que no ha hecho ninguna de las anteriores. Además su voz es cálida, armoniosa, sin visos de zalamería.

Sin responder se aparta y la deja ingresar. Ella camina con gracia, pero sin contonearse. Sus movimientos son suaves y confiados. Con un discreto giro de cabeza examina rápidamente el lugar deteniéndose brevemente en la nutrida biblioteca que cubre completamente la pared contraria al ventanal. Él se percata de ello. La chica comienza a intrigarle en gran medida. De pronto siente unas ganas inmensas de fumarse un cigarrillo y tomarse un largo trago. Tal vez sea por el cautivador olor de la joven o por el cúmulo de emociones que ha sentido en los últimos minutos... o ambas cosas. Sea por lo que fuera, su garganta está seca y los pulmones le claman por el humo nicotinoso del tabaco. Sin embargo renuncia al cigarrillo, pero hace algo que nunca ha hecho en tres años.

—¿Te importa si me tomo un trago antes? ¿Quieres algo de beber?— pregunta un poco cortado.

—No gracias, pero si usted quiere tomar no puedo oponerme, solo le pido que no sea mucho ni tarde demasiado, recuerde que tenemos un tiempo estipulado— responde ella con elegante cortesía.

Él la invita a sentarse mientras se prepara el trago. Apenas vierte dos dedos de licor en el vaso, quizás porque se siente intimidado por la chica, aunque no lo admitiría jamás. Mientras se lo toma lentamente vuelve a notar la mirada de la visitante fija en la biblioteca. Con una ligera sacudida

espanta de su cabeza la idea de preguntarle por qué tanto interés en los libros.

Termina el trago maldiciendo para sus adentros no poder fumar y se dirige a ella.

—Vamos— dice tratando de sonar indiferente. Ella se levanta y lo sigue. Al entrar a la habitación la muchacha mira primero la cama, elegantemente vestida, y luego la puerta del baño.

—Sí, es el baño. Usa el jabón que está sobre el tanque del inodoro— repite él su advertencia de siempre.

Mientras espera que salga la chica, abre la gaveta de la mesa de noche, saca el preservativo y verifica el paquetico de billetes, atado con una banda de goma y contado varias veces. Deja el condón sobre la mesa y comienza a desvestirse con parsimonia. Nota que no ha escuchado correr el agua en el baño.

La joven sale vestida solo con el sostén y una minúscula pantaleta de algodón con figuras geométricas. En las manos lleva su ropa cuidadosamente doblada, sobre la cual reposa su pequeña cartera, y los zapatos van colgando de sus dedos meñiques. Con la mirada le pregunta dónde puede poner sus pertenencias. Él le señala la peinadora, mientras constata que sus senos son sorprendentemente grandes, aunque se ven bastante firmes. Por su movimiento dentro de sostén determina, para su alivio, que no son “artificiales”.

La joven prostituta coloca su ropa con cuidado en el mueble y acomoda debajo los zapatos perfecta-

mente alineados. Luego se tiende en la cama, pero sin quitarse las prendas de ropa que aún porta. Tampoco abre las piernas en actitud provocadora. Simplemente se acuesta a esperar que el hombre actúe. Él agradece el gesto y especialmente que no se desnudara completamente, pues le parece que así la situación es menos impersonal. Termina de desvestirse pero, para estar a la par con ella, se deja los calzoncillos. Se sienta con cuidado al borde de la cama y la contempla brevemente desde la cara al pubis, deteniéndose unos segundos en los senos. Ella, entre tanto, lo sigue con mirada curiosa. Mientras él hace el recorrido inverso sus ojos se encuentran y la muchacha le mantiene la mirada unos instantes. Sin abandonar ese contacto visual, el viejo acerca su boca al aún virginal ombligo. Cuando ella siente los labios sobre su piel cierra los ojos y experimenta un ligero temblor. “Aún no se acostumbra a que la toque un desconocido”, piensa él mientras comienza a besar con delicadeza el adorable hoyuelo y aspira con ansias el olor que de ella se desprende.

Luego de besar cada centímetro de su vientre, sube lentamente a los senos y levanta con cuidado el sostén. Los dos soberbios montículos quedan libres y caen muy ligeramente hacia los lados. En sus cúspides imperan sendos pezones completamente redondos, como cerezas rosadas, circundados por unas areolas pequeñas y de un tono ligeramente más oscuro. Él hunde su cara entre aquellas dos montañas blanquísimas y as-

pira hasta que le duelen los pulmones mientras siente que la muchacha se desembaraza del ya inútil sostén.

Durante unos minutos, Esteban juega con los senos, besa y mordisquea suavemente los jugosos pezones y arrastra su boca casi hasta las axilas, donde el olor a mandarina, sándalo, miel y canela se hace más franco y embriagador. Mientras trata de abarcar con una mano uno de los inabarcables pechos, con la otra comienza a despojar a la chica del resto de su ropa interior, lo que ella favorece levantando un poco las caderas y, finalmente, ayudándose con los pies.

Esteban se siente como drogado, como en un trance profundo y maravilloso. Intenta delicadamente separarle las piernas a la chica, quien ofrece una suave pero firme resistencia.

—Póngase el preservativo, por favor— le pide ella en un susurro.

—Disculpa, es la primera vez que se me olvida— se excusa él mientras se baja de la cama y con manos nerviosas toma el paquetico, extrae el condón y se lo coloca en un miembro al que se le ha ido parte del entusiasmo. Bendijo la “pastillita milagrosa”. Sin ella seguro habría perdido completamente la erección.

Para recuperar su “ánimo”, el viejo juega nuevamente con los senos de la muchacha hasta que se siente otra vez “en condiciones”. Entonces repite su intento de abrirle las piernas. Esta vez no encuentra ninguna resistencia.

Con cuidado apoya su pecho sobre el de la chica y comienza a penetrarla con suavidad, lentamente y haciendo cortas pausas. Sabe que está “seca”, pero lo favorece el lubricante del condón. Cuando ya está totalmente adentro, se queda muy quieto disfrutando la maravillosa gama de sensaciones que lo envuelven: la suavidad y firmeza del cuerpo de ella, la agradable presión que ejercen sus jóvenes músculos sobre su miembro, su delicadeza al dejarlo hacer... ¡y el aroma!... que lo llena todo.

Con extrema delicadeza, como si temiera romperla, comienza a moverse. Entra y sale de ella en un desplazamiento casi milimétrico. “¡Es tan pequeña!”, piensa. Pero realmente no es su temor de hacerle daño. Lo que el viejo desea es poder disfrutarla el mayor tiempo posible, alargar este divino contacto hasta el infinito. En varias ocasiones levanta la vista y ve su hermoso rostro. Ella mantiene sus ojos cerrados y los labios un poco apretados. Definitivamente es una novata, se convence. Sacude ligeramente su cabeza para despejar su mente, pues quiere concentrarse completamente en el placer que está sintiendo. Hunde nuevamente su cara en los senos de la chica y, muy a su pesar, acelera los movimientos de vaivén, pues la respuesta refleja de su cuerpo ya está cerca.

De pronto siente como si lo observaran. Levanta la cabeza y se encuentra con los ojos de la chica fijos en él. Esto lo hace detenerse. Durante unos

segundos se sumerge en el almendra de sus pupilas. No puede evitar acercarse a su boca para besarla. Ella esquivo el intento volteando la cara sin apuro, pero con decisión, por lo que él solo alcanza a besar su delgado cuello. Allí deja encajada su cara y renueva sus movimientos con más energía. Cuando ya se encuentra en la etapa de no regreso, siente como ella le rodea las caderas con sus piernas y posa levemente una de sus manos en su espalda. Esto basta para anular todos los controles y el viejo se abandona completamente a sus sentidos.

En el momento final siente que el olor de la muchacha: mandarina, sándalo, miel y canela en perfecta combinación; estalla a su alrededor penetrando violentamente en su piel y en sus huesos. Se siente plenamente lleno de él, de ella, de esa chica frágil que yace bajo su cuerpo desesperado. Por unos instantes pierde la noción de sí mismo.

Cuando logra reponerse se da cuenta de que sigue sobre la muchacha, quien no parece apurada por desplazarlo de su cómoda y agradable posición. La mira a la cara y ella abre brevemente sus ojos y lo mira como diciéndole: “No hay problema. Tome su tiempo”. El hunde nuevamente su rostro en el pecho de la joven como tratando se alargar el momento, pero sabe que todo ha terminado... ¿o no?

Cae entonces en cuenta de dos cosas sorprendentes. El olor no se ha ido, sigue tan vivo en

la habitación como en el primer momento. Sin embargo, también se percata de que, por primera vez, no le recuerda a Marta ¡Ese aroma es el de la chica! Le pertenece solo a ella. Marta, entre tanto, es un recuerdo brumoso que trata de fijar sin éxito. Intenta, incluso, definir el rostro de su esposa muerta y le resulta imposible. Lentamente se levanta y queda sentado en la cama. Siente como ella lo imita y quedan de espaldas uno al otro. La jovencita no se pone de pie al momento. Pareciera que también está analizando lo que acaba de ocurrir. Finalmente siente que ella se incorpora, por lo que se desase maquinalmente del condón y lo coloca en su respectiva bolsita. No se atreve a mirarla, pero percibe que recoge su ropa interior, que había quedado en la cama, y el resto de su vestimenta de la peinadora.

—Voy al baño— escucha de nuevo su agradable voz, que se le antoja entonces algo quebrada.

Luego que escucha cerrarse la puerta del baño, abre la gaveta de la mesita de noche y extrae el paquetico de billetes. De su pantalón, colocado en una silla cercana, extrae la cartera y saca de ella unos billetes más. Los une a los otros y vuelve a amarrarlos. Es entonces cuando escucha correr el agua en el inodoro. Con desgano comienza a ponerse la ropa y tiene tiempo suficiente para casi completar esta operación antes de que ella salga, ya completamente vestida. Le alarga el dinero, pero esta vez no dice nada. Ella hace ademán de guardarlo directamente en su cartera, por lo que

él la detiene con un gesto y le dice: “Cuéntalo”. La muchacha lo mira brevemente, desata el mazo y comienza a contar el dinero. Cando llega al final, el viejo observa un titubeo en ella, que reinicia la cuenta desde el principio.

—Disculpe, creo que se equivocó. Aquí sobran estos billetes— le dice casi con pena al concluir su escrutinio.

—Bueno, es solo una propina— responde él en tono que pretende ser adusto, pero que esconde el nerviosismo de quien acaba de ser descubierto en falta.

—Perdone, pero no puedo aceptarlo. Yo no hago esto buscando caridad— argumenta ella con un severo brillo en los ojos mientras le alarga el dinero sobrante. Él lo toma sin encontrar ningún argumento válido con qué oponerse. Tras guardarlo directamente en el bolsillo de su pantalón, contempla de nuevo a la chica, cuya mirada parece haberse suavizado, y le indica la puerta muy a su pesar. Francamente no quiere despedirse de ella. Aún no ha comenzado siquiera a asimilar el fuerte impacto que le ha producido. Con paso lento la sigue hasta la sala.

—Ahora no se te antoja una copita de vino antes de irte— casi implora el viejo.

—No, gracias— responde ella esquiva.

—Está bien, pero me gustaría que vinieras de nuevo— insiste.

—No se lo puedo asegurar. La agencia tiene muchas chicas y trabajamos por turnos— explica evasiva.

—Pero si me das tu número de teléfono o tu nombre podría contactarte directamente— propone Esteban ya sin ocultar su voz ansiosa y recordando casi con rabia a la puta del perfume barato y el número telefónico escrito en tinta roja. Triste ironía, dice para sus adentros

—No acostumbro dar mi número de teléfono. Usted entenderá, en este negocio no se pueden establecer relaciones personales con los clientes. Eso siempre trae problemas— asegura en tono de disculpa.

—Pero dime por lo menos tu nombre para saber cómo preguntar por ti al llamar a la agencia— implora ya francamente.

La joven medita por un instante y casi murmura: Penélope.

Una ola de rabia le sube rápidamente a la cara al viejo, quien tiene que contenerse para no gritarle: “¡Coño! Todas las putas se llaman Penélope ¡No me jodas!”.

Sin embargo logra calmarse, especialmente porque nota que su expresión de ira contenida la ha asustado.

—Está bien— se limita a decir con voz cansada y le abre la puerta. Aún alcanza a detallar que ella echa una última mirada a la biblioteca, vuelve luego los ojos a él y, bajando un poco la cabeza, se da media vuelta y empieza a caminar por el pasillo. El viejo no tiene más remedio que cerrar con desgano.

Esteban se queda un momento parado mirando la puerta, como hipnotizado, pero el aroma, que persiste claramente en todo el departamento, lo devuelve a la realidad... ¿Realidad?... No está seguro si se encuentra en el mundo real o sigue envuelto en un sueño maravillosamente doloroso. Con pasos de sonámbulo se dirige a la mesita ubicada al lado del sillón, toma la siempre presente cajetilla de cigarrillos, se la lleva a la boca y saca uno. Toma el encendedor y cuando lo va a activar se detiene en seco ¡No puede fumar! Si lo hace “contaminará” el olor que impregna deliciosamente el ambiente. Él necesita seguirlo oliendo el mayor tiempo posible. De ello depende que persista esta sensación de plenitud que tenía cerca de 10 años sin sentir. Una plenitud que sólo había experimentado con Marta.

El recuerdo de su esposa muerta lo golpea de pronto como una bofetada. No puede creer que la haya olvidado con tanta facilidad durante tan largo tiempo, media hora quizás. Un rubor de sincera vergüenza le cubre el rostro. Casi con desesperación, como tratando de huir de la imaginaria mirada recriminatorio de ella, camina vivamente hasta el bar, se sirve torpemente medio vaso de whisky y lo traga de un golpe. Algo repuesto, vuelve a la mesita y enciende con presteza un cigarrillo. Ahora SÍ quiere borrar el olor, ahora SÍ quiere desaparecer todas las huellas de la chica que acababa de salir. Él no puede traicionar así el recuerdo de Marta ¡Es una cobardía! ¡Una verdadera blasfemia!

Camina con desasosiego por la sala, se para frente al ventanal sin mirar verdaderamente hacia afuera, donde brillan las luces del puerto y parte de la ciudad turística (altos edificios, la mayoría hoteles de varias estrellas, y mucho neón multicolor). Vuelve al bar, vuelve a la cajetilla de cigarrillos, vuelve al ventanal. Algo que no puede definir lo descalabra por dentro, una sensación de inexcusable urgencia, la premonición de una debacle que amenaza destruir completamente todo lo que ha tratado de preservar por casi una década. Ni el licor, ni el cigarrillo, ni la fresca brisa marina pueden alejar de él ese terrible sentimiento de vulnerabilidad que le crece por dentro con rapidez hasta hacerse omnipresente, hasta tragárselo todo.

—¡Tengo que volver a verla!— estalla la frase sin que él se dé cuenta siquiera que la pronuncia.

Piensa en llamar a la agencia, pero recapacita enseguida. Ya es más de media noche y resultaría “sospechoso”. Además, la chica seguro tiene otros clientes... ¿Y si no fuera así? ¿Y si él fue su único cliente de la noche? Ese pensamiento le produjo una especie de alegría. EL ÚNICO. No le suena nada mal. Sin embargo, su larga experiencia de vida, convertida en alter ego, se materializa delante de él y le grita con acritud: “No seas iluso, perro viejo. Ninguna puta tiene un solo cliente por noche. No es rentable, amigo. Tu zorrilla debe estar en este instante cabalgando sobre otro viejo asqueroso y derrotado como tú”.

El rostro de Esteban muestra de pronto todo

el cansancio de sus siempre difíciles 64 años. Se siente, en efecto, derrotado, vencido, cansado al extremo, sin ánimo siquiera para soñar. Deja caer su cuerpo con pesadez en el sillón e instintivamente busca el vaso de whisky, que está vacío desde hace rato haciéndole compañía a un cigarrillo que se apagó a medio consumir abandonado en el cenicero. Mira detenidamente el cristal, como tratando de ver en alguno de sus reflejos un destello de esperanza. Respira profundo con lentitud y deposita nuevamente el vaso en la mesita. Tiene que salir, ver gente, respirar otro aire; de lo contrario terminará destrozando el departamento o pegándose un tiro.

Se incorpora con evidente esfuerzo y camina hasta la habitación, donde se desnuda completamente y saca del armario una toalla y una pastilla de jabón. Cuando cierra la puerta no puede evitar contemplarse en el espejo de cuerpo entero que la cubre. La imagen que se le muestra no contribuye en nada a levantar su ánimo: Cara marcada de surcos en la frente y bordes de la boca, ojos algo hinchados, nariz demasiado grande y un poco caída, cabello que muestra apenas unos trazos oscuros aquí y allá. Su figura tampoco le resulta halagadora, aunque admite con orgullo que ha visto peores. Lo que más le molesta de su cuerpo es la incipiente barriguita y la cada vez más evidente pérdida de tonalidad muscular. “Tengo que volver al gimnasio”, se dice a sabiendas de que nunca fue de tipo deportivo. Si a lo largo de

su vida se ha mantenido ágil y resistente solo es por las exigencias de su trabajo, que nunca le dejó mucho espacio al ocio. El otro punto a su favor es, sin duda, el amor por el agua, pues la natación es el único ejercicio sistemático que ha practicado desde su infancia, cuando competía con sus hermanos y amigos en las playas de Costa Caribe. —¡Epa! Eso es lo que tengo que hacer. Volveré a nadar— afirma con decisión mientras piensa en la piscina del Club de Prensa. Sin embargo, desecha de inmediato está opción, pues no está dispuesto a “exhibirse” ante sus colegas, viejos y nuevos, en tan lamentable condición física.

—Tendrá que ser en el mar... pero con cuidado, pues ya no eres el delfín de hace 40 años— se advierte mientras cae en cuenta que habla en voz alta consigo mismo, algo que no ocurría desde hacía largo tiempo.

Esteban deja sus cavilaciones y entra al baño, donde, para su sorpresa, aún está sobre el tanque del inodoro el jabón que, como a las anteriores, le había dejado a su reciente “visita” ¡La chica ni siquiera lo había tocado!

El viejo no logra entender el comportamiento de la joven prostituta y solo atina a pensar que se trata de una “debutante”. Sin embargo, aún siendo así, piensa, ella se comporta de una manera muy especial.

Ahora, en verdad, necesita salir y distraer su mente, para no enredarse en una de sus épicas sesiones de análisis especulativo, que pueden durar

días y, generalmente, no conducen a nada. Luego de un baño rápido, y de guardar la pastilla de jabón que la chica no quiso usar, Esteban ya se encuentra vestido y perfumado ligeramente (Nunca ha sido afecto a los excesos de acicalamiento). Cigarrillo en mano, hace su visita obligada al bar, se toma el medio vaso de licor de siempre y sale a la calle sin destino establecido, pero con la certeza de que sus pasos lo llevarán hasta La Firma de Oro, donde todos los de La Jauría terminan por ir cada vez que tienen problemas, algo los preocupa o se sienten deprimidos. Es, con las diferencias evidentes, como regresar a la casa paterna, donde te sientes confiado y seguro.

Capítulo 3

Aullidos a la Luna

Casi al amanecer, Esteban está en su departamento. Apoyado en la baranda del gran ventanal, sostiene en una mano el vaso de whisky y en la otra un cigarrillo a medio consumir. Su vista está fija en la luna, aún inmensa sobre el horizonte marino. Piensa en la chica, piensa en Marta, vuelve a pensar en la chica. Su mente se mueve caóticamente entre ambas mujeres, entre ambas miradas, entre ambos olores, que son el mismo, pero no lo son.

Siente un sordo desasosiego, una callada rabia y no puede explicar su origen. Tiene ganas de hacer algo para salir de esa especie de hipnotismo que lo embarga: gritar, maldecir, romper cosas; pero no se siente con fuerzas para actuar. Una imagen comienza a formarse ante él mientras mira obsesivamente a la luna, una imagen casi cinematográfica: un lobo solitario aullándole al astro nocturno. Recuerda la leyenda indígena sobre un guerrero que desafió a los dioses y estos lo castigaron transformando a su amada en el poético satélite y a él en un lobo. Por eso, en noches de luna llena, el guerrero—lobo aúlla con profunda tristeza cantándole a ella su amor imposible.

Igual que el protagonista de esa historia, el viejo se siente agobiado por la terrible ausencia de su amada. Pero su desazón quizás es mayor, pues el gue-

rrero—lobo sabe muy bien a quien le aúlla. Él, sin embargo, por más que se esfuerza no puede fijar una imagen en “su luna”. El rostro de Marta solo permanece nítido unos segundos, pronto comienza a difuminarse, a diluirse, a fundirse con otro rostro que se le va imponiendo. Entonces aparecen los ojos almendra y las larguísimas pestañas, la piel blanca casi transparente, los labios de rosado intenso ligeramente apretados. Como si estuviera manipulando la lente de una cámara fotográfica, él se esfuerza por enfocar y el rostro de su esposa muerta resurge con claridad, solo para volver al proceso de fundido con el de la muchacha.

—Es el olor —se excusa él dirigiendo su pensamiento a Marta— Es el olor el que me engaña. Es que ella huele como tú y mis sentidos se confunden. Sabes que nunca dejaré de amarte... pero esa chica, esa chica...

No se atreve a terminar la frase. Un rubor de vergüenza cubre su cara. Como para disipar su sentimiento de culpa apura el resto del whisky e intenta fumar, pero el cigarrillo hace rato que se apagó en su mano. Mira nuevamente a la luna, que ya comienza a verse opacada por las luces de la aurora, y desde lo profundo de su ser surge, lenta pero inexorablemente, una decisión trascendental y definitiva. Abandona cualquier esfuerzo por fijar la imagen de Marta y deja que entre en toda su plenitud la de la joven prostituta. Una inesperada y sorprendente sensación de alivio, de paz, lo invade casi de inmediato. “Es como el conde-

nado a muerte que termina por aceptar su destino. Ya nada lo asusta, ya nada le preocupa; camina tranquilo, y casi con alegría, hacia el cadalso, pues ha cortado de raíz todos sus apegos y sólo ve delante de sí el camino de su liberación total y definitiva”, se dice con resignada satisfacción.

El viejo mira una vez más la luna agonizante como para despedirse de ella, como para despedirse de Marta en ella. Lanza al vacío el medio cigarrillo apagado, camina hasta su habitación y se acuesta vestido. Sabe que no podrá dormir, pero necesita descansar. Con sistemática disciplina va cerrando todos los rincones de su cerebro hasta poner su mente en blanco. Sin embargo, aún puede percibir lejanamente el aroma de mandarina, sándalo, miel y canela.

Poco después de medio día se levanta de la cama. En su cara se ve que ha tomado una decisión que lo conturba, pero que no está dispuesto a abandonar. Se echa un poco de agua en la cara, se cambia la camisa y sale presuroso a la calle. Pocos minutos después se encuentra en la cabina telefónica marcando el número de Electra.

—Buenas tardes, Electra agencia del amor y la amistad a sus órdenes— contesta una voz femenina con estudiada cordialidad. Enseguida él reconoce a la recepcionista que lo atendió el día anterior y se felicita por su suerte (que no es tal, porque la mujer debe estar trabajando precisamente en ese turno). Tratando de dominar su ansiedad, se identifica.

—¡Caramba! Cerbero querido. Qué raro que estés llamado otro día que no sea lunes. Pero, espera, ayer fue lunes y yo te envié una de las chicas ¿Qué pasó? ¿Tuviste algún problema con ella? Mira que aquí el cliente siempre tiene la razón. Dime que pasó y lo resuelvo de inmediato. Tú eres uno de nuestros clientes más apreciados— borbotó la recepcionista francamente preocupada.

—No, no se preocupe. No pasó nada malo—, la tranquiliza— Llamaba solo para saber si es posible que me envíe esta noche otra vez a la chica de ayer—, le solicita, tratando de que no se note la ansiedad en su voz.

—Viste. Sabía que te iba a gustar. Es que esa niña es un amor— afirma ella jactanciosa.

—Bueno, quisiera saber si es posible que la envíe esta noche. Es la blanquita delgaducha. Me dijo que se llamaba Penélope— dice Esteban, arrepintiéndose de inmediato de la última referencia, que sonó como la más evidente de las boberías.

—Ay, mi amor. Tú bien debes saber que aquí tooodas se llaman Penélope, Susana, Paloma o algo por el estilo— le responde con divertida condescendencia la recepcionista.

—Está bien— prosigue él, más molesto consigo mismo que con su interlocutora— pero la puede enviar esta noche ¿Sí o no?— emplaza.

—Pues no— contesta la mujer, imitando en juego su evidente mal humor— Esa es una de las chicas nuevas, de las que el dueño llama “mis consentidas”. Ella generalmente trabaja solo lo

lunes... y no todos, te advierto. Así que tendrás que esperar una semana y ponerle una vela a San Valentín. Lo siento.

Esteban se queda desconcertado unos instantes. No se le había ocurrido esa contingencia

—Aló, aló...amigo ¿te moriste?— la voz de la recepcionista lo saca de su abstracción.

—Sigo aquí— dice con voz contrariada— Mire, amiga, pero sería posible que usted me diga el nombre de la chica para poder preguntar por ella— añadió en tono más cortés.

—Pues, ahí sí que no voy a poder ayudarte, amorcito. Esa es información confidencialísima. Ten calma y espera el próximo lunes. Yo no sé en cual turno estaré la semana próxima, pero creo que cualquiera de mis compañeras la puede identificar, porque, de verdad, la muchachita llama la atención. Si no te dan respuesta temprano en la tarde, llama después de las 6, que seguro yo estaré al teléfono y podré ubicártela. Recuerda que nuestra prioridad es satisfacer todos los caprichos de nuestro clientes— detalla la mujer haciendo gala de sus escasos, pero bien manejados, conocimientos de publicidad y mercadeo.

—Está bien— murmura Esteban con desaliento y cuelga.

Sale del centro de llamadas completamente desorientado, sin saber hacia dónde ir ni qué hacer. Como un sonámbulo, camina sin rumbo unas cuadras tratando de echar a andar nuevamente sus procesos mentales, atascados en una sola y

obsesiva idea: “No puedo verla hasta el lunes. No hay modo, tengo que esperarme. Pero ¡Carajo! Cómo hago para aguantar esta ansiedad”. Estos pensamientos dan vueltas en su cabeza una vez y otra vez y otra vez. Es como si estuviera montado en un carrusel que va aumentando la velocidad de su rotación en cada vuelta y termina por convertirse en un violento torbellino que se lo traga, que lo sacude violentamente en un giro concéntrico y lo lanza hacia un insondable agujero donde pierde la noción de tiempo y espacio. Esteban está mareado. Frente a él ve pasar las cosas y la gente como torpes trazos de acuarela, borrosos e imprecisos, chorreantes sobre el amplio lienzo del paisaje urbano. Avanza por la calle con las manos un poco adelantadas y el paso inseguro de un hombre ciego; se detiene largamente en las esquinas buscando orientarse hacia algún lado, pero sin saber a cuál, para continuar luego su errático peregrinaje por las calles de la ciudad. Sale del casco central, donde pululan los centros comerciales y las grandes tiendas, y se dirige hacia los muelles. Solo en un estado de ánimo como el que tiene ahora se le ocurriría volver a esa parte de la ciudad, donde hace casi cuatro décadas tocó los más bajos fondos de la naturaleza humana y estuvo, incluso, a punto de perder la vida en varias ocasiones.

Fue su época de probarlo todo, de llevarlo todo al límite, de llegar hasta donde sabía que no se debía llegar. Tuvo suerte... ¡Mucha suerte! Salvo

alguna cicatriz ya casi borrada, excepto la de la tetilla izquierda, y uno que otro hueso roto que, en tiempos fríos y húmedos, le recuerda que no es indestructible; salió muy bien parado de ese difícil lapso de su vida. Otros no podían decir lo mismo. Luis El Fenicio, León La Araña, Manuel El Cuervo. Ellos se quedaron en el camino. No sobrevivieron. A otros quizás, les hubiera resultado mejor “caer en combate” como ellos y no terminar convertidos en verdaderas piltrafas humanas, que parasitan por el puerto como ánimas en pena mendigando una copa de licor o unos gramos de narcóticos.

A ese lamentable mundo regresa Esteban, desesperado y vulnerable como un perro apaleado y hambriento. Busca perderse, diluirse en los miasmas inmundos del puerto y su escoria humana. Busca hundirse en el olvido forzado, en la alienación completa de su propio ser. Busca, en definitiva, morir por un rato... Y casi lo consigue. Al entrar a ese mundo de cuerpos acecinados, secos y ennegrecidos por el sol y la sal, de rostros y miradas afilados como cuchillos, donde ahora es solo un viejo extraño al que nadie conoce, al que nadie defenderá; Esteban se lanza sin previsión alguna a un mar de borrasca que no le augura nada bueno...

Sin conciencia cierta del lugar donde se encuentra, el viejo siente un sabor a cobre en la boca. Intenta moverse y un dolor agudo le lacera las

costillas. Su cabeza da vueltas y siente náuseas. No recuerda casi nada. Todo está envuelto en una espesa niebla. Imágenes fragmentadas afloran brevemente a su mente. El tipo de mirada torva, la botella de ron a medio consumir que estalla contra el enorme cristal, golpes, maldiciones, una voz lejanamente conocida que le grita: “Hombre, tranquilízate, que te van a matar”. Respira profundo con lentitud para mitigar el dolor de su costado. Casi con temor, abre ligeramente los ojos. Sabe que está en una habitación, tirado sobre la cama con la ropa aún puesta, pero no logra ubicar dónde. Enfoca mejor su mirada y, poco a poco, va reconociendo el lugar ¡Es SU habitación! Sin embargo, por mucho esfuerzo que hace, no logra recordar cómo ni cuándo llegó allí. Tiene la certeza que no pudo hacerlo solo. Alguien debió traerlo, pues de lo único que está seguro es que agarró una pea de marca mayor. Ese siempre fue su problema con el ron. Por eso tiene muchos años sin tomar esa bebida que le causó tantos problemas en su juventud.

—Viejo estúpido. No se te pudo ocurrir nada mejor que jartar ron. Estás vivo por mal enterrado— murmura en tono de auto reproche.

—Nada más cierto, mi amigo... pero, por suerte, parece que tienes alguien “allá abajo” que te protege— completa La Hiena desde la puerta soltando su espeluznante risita.

Esteban se medio incorpora en la cama y ve a su amigo entrar con sendas tazas de humeante café.

Lo bendice mentalmente y bendice la entrañable infusión. Termina de sentarse en el borde del lecho tratando de detener con sus manos la cabeza, para que no continúe dando giros vertiginosos. La luz del Sol, que entra a borbotones por la ventana, le hiere los ojos y le informa que se acerca el mediodía. Nuevamente la punzada en el costado le quita el aliento. Trata de acomodarse para mitigar el dolor y tiende la mano izquierda para recibir la taza que le ofrece su camarada.

Degusta el café como si fuera el néctar de los dioses, mientras la cálida bebida le escuece agradablemente la reseca garganta. Ya un poco repuesto, le pregunta a La Hiena:

—Entonces ¿qué hice?

—¡Qué no hiciste, pendejo! Yo juraba que ya a tu edad te habías dejado de hacer esas locuras, pero como dice el dicho: “Gallina que come huevos, ni que le corten el pico”. Por poco haces que te maten— expresa el otro con sincera preocupación.

—¿Tan grave fue?— insiste.

—¡Noooo, qué va! Tan solo insultaste a un mastodonte como de tres metros de alto y 200 kilos de puro músculo porque, supuestamente, te estaba mirado mucho; reventaste de un botellazo un espejo carísimo y por poco descalabras de un puñetazo a un buen parroquiano que intentó tranquilizarte. Menos mal que tú puedes ser loco, pero no tonto. Si no es porque te metiste en El Galeón, otra sería la historia. De seguro en estos momentos estarías flotando boca abajo en el

muelle y con más huecos que un alfiletero ¡Coño, hermano! Tú sabes que el ron te cae muy mal... y más aún si, de inicio, ya estás de mal humor— lo regaña Josué.

—¿Y cómo llegaste tú allí tan oportunamente para salvarme el pellejo?— pregunta Esteban con tono molesto que solo oculta su vergüenza.

—Llegué no ¡Me llamaron! Te acuerdas de Palangre, el tuerto aquel que nos vendía de contrabando las mercancías que se “perdían” en el puerto: el whisky, los relojes, las cámaras fotográficas y otras chucherías... sin contar la yerba y la “nieve” de altísima calidad que a veces conseguía. Bueno, mi amigo, tienes buscarlo y besarle las bolas, además de hacerle un bonito regalo, porque le debes la vida. Él fue quien me llamó después de intervenir para que no te siguieran golpeando cuando estabas inconsciente en el suelo. Definitivamente, en el Infierno te quieren mucho, pero no desean que bajes todavía— relata La Hiena con su característico humor negro y su inconfundible risa. El viejo se levanta torpemente de la cama y, moviendo las manos en el aire para hacer equilibrio, se dirige a la puerta de la habitación. Al pasar al lado de su amigo, que se aparta en actitud teatral, se apoya ligeramente en él y continúa hacia la sala.

—Un cigarrillo y un whisky. Muchachito, tú no te rindes— dice éste y se va tras el maltratado viejo. Minutos después, ambos degustan sus tragos sentados en la sala. Solo Esteban fuma, pues Jo-

sué abandonó el hábito hace ya varios años por una incipiente afección pulmonar.

Los dos hombres guardan silencio. La Hiena porque no le gusta meterse en la vida de los demás, a menos que sea estrictamente necesario... o se lo pidan...; y Esteban porque conoce muy bien la filosofía de su amigo, y sabe también que su cinismo exterior es sólo una máscara para esconder un alma extremadamente sensible. Conoce la forma como Josué reacciona ante este tipo de situaciones vivenciales: se escuda en el comentario satírico, la chanza subida de todo o la franca vulgaridad. Siempre ha sabido manejar ese comportamiento de su amigo, pero en estas circunstancias no se siente en condiciones.

—Ajá... y cuánto es lo del espejito— pregunta como al caso.

—¿Espejito? ¡Espejote! Calcula que era el que cubría todo el estante de licores detrás de la barra. Yo hablé con el dueño y me va a enviar la factura cuando lo repare. En todo caso, dejé a Palangre encargado de verificar que sea el precio justo y así evitar que te roben. Cuando tenga el monto te lo informó y te doy el número de cuenta al cual hay que depositar— precisa La Hiena.

Luego de consumir su segundo whisky, el buen samaritano se despide de su “viajero apaleado” haciéndole jurar, “por la cenizas de tu madre”, que no volverá a darle otro susto igual. Ambos se abrazan brevemente y prometen verse el fin de semana en La Firma de Oro.

Esteban se toma otro whisky y se fuma un cigarrillo más antes de meterse al baño. Cuando se desnuda observa los moretones en sus costillas y se percata de una ligera hinchazón en su labio inferior y ojo derecho. “El tipo es zurdo, por eso no pudiste esquivarlo”, le dice su experimentado alter ego.

Toma un baño largo, dejando correr abundante agua sobre su dolorido cuerpo. De a poco va entrando otra vez en su mente el motivo de su desazón. Sin embargo, sabe que debe esperar una semana ¡UNA SEMANA! No cree poder tener tanta paciencia. Deberá apelar a toda su formación como periodista investigador para aguantar este “plantón”. Además, están sus clases y la novela que está escribiendo. Eso debe bastar para distraerlo, piensa.

Más reconfortado, sale del baño. Se viste con un viejo mono de gimnasia que le regaló Marta en uno de sus cumpleaños... Marta... Se da cuenta de que no ha pensado en ella desde que despertó. Pensó primero en la pequeña prostituta que en su esposa. Contrario a lo que pudiera esperar, esto no le resultó tan vergonzoso como esperaba. Marta está muerta desde hace casi 10 años, mientras que la chica está bien viva y la verá el próximo lunes. “Los hombres somos una vaina muy seria”, se dice.

Camina hasta la sala, se sirve un vaso de licor, prende un cigarrillo y se instala en el escritorio que está frente a su amplia biblioteca. Enciende

su computadora y busca el archivo de su novela. Piensa en las ventajas que hoy le ofrece la tecnología, pero sigue añorando el teclado “sincrónico” de su Underwood semiautomática, con la que escribió sus primeros libros de investigación y su primera novela. Siempre dice que los teclados “automáticos” carecen de la sensualidad de los mecánicos.

Durante el resto de la tarde se sumerge en su historia, “setenta por ciento de ficción y 30 por ciento de realidad” como dice cada vez que uno de sus noveles colegas lo entrevista. Sin embargo, su mente aún no está del todo recuperada, especialmente porque cada cierto tiempo lo toman por asalto un par de ojos almendrados de larguísima pestañas.

Al final de la tarde el resultado es significativamente pobre. No más de cinco “cuartillas” en letra Arial a 12 puntos y espaciado de 1,5 líneas, con margen de 2,5 centímetros arriba y abajo y tres a los lados. Mucho menos de la mitad de lo que regularmente produce en ese lapso.

Además, está muy inconforme con el texto. Lo siente rebuscado, demagógico, escrito solo como para complacer al público y, luego de toda una vida como ávido lector, sabe que los verdaderos escritores nunca piensan en los lectores, escriben en un divino ejercicio de egoísmo, solo quieren expresar lo que sienten, lo que creen. Incluso, en la novela “histórica” el autor simplemente quiere decir: “Me cago en la madre de los historiadores.

Esto es lo que realmente ocurrió... o por lo menos lo que debió haber ocurrido”. Complacer al lector, en literatura o periodismo, es la fórmula mágica para el fracaso. El escritor de realidad o ficción solo debe preocuparse por ser fiel a su relato y esperar que una buena parte de los lectores se identifiquen con eso... no con el autor, solo con su obra. De lo contrario, nadie en su sano juicio habría leído jamás las novelas de Mario Vargas Llosa.

Definitivamente, tendrá que hacer una revisión profunda de esas cinco cuartillas. Sin embargo, no se siente con ganas en este momento. Cuando las ideas no fluyen como deben, lo mejor es apagar la computadora, tomarse un whisky y fumar un rato. En todo caso, ya casi es de noche y él nunca se ha distinguido como trabajador nocturno. Para él, la noche debe dedicarse exclusivamente a la bohemia. Aunque ha tenido que producir muchos de sus mejores trabajos periodísticos en jornadas nocturnas, su ejercicio literario está limitado a la influencia de la luz solar. Esto, y los dividendos económicos, son los mejores atractivos que le ofrece su actual condición de escritor.

—o—

Piensa en vestirse y salir, pero desecha la idea rápidamente. No está de ánimo para hacer vida social y no se atreve a meterse en un bar a beber en solitario. Necesita reflexionar, conversar consigo mismo. Buscar la manera de interpretar, y resolver, el conflicto de emociones que no ha dejado

de atormentarlo desde que conoció a la Alondra. Prepara café y se lo sirve aderezado con una buena ración de whisky. Enciende un siempre fiel cigarrillo y camina hasta el ventanal. En el cielo brilla espléndida la luna, luna de mar, luna apasionada del Caribe. La imagen del lobo aullándole al astro vuelve a imponerse en su mente. Casi sin proponérselo deja escapar un remedo de aullido, pero le resulta tan ridículo que instintivamente mira para todos lados verificando que no hay nadie que pudiera haberlo escuchado. “Ahora sí te estás volviendo loco, viejo estúpido”, le dice con divertida saña su cruel alter ego.

Al filo de la medianoche, sin embargo, se convence de que ya no podrá dormir y decide huir del departamento.

Resistiéndose al atávico instinto de ir directamente a La Firma de Oro, Esteban se mete en el primer local que encuentra en su camino y, como es su costumbre, busca el lugar más apartado de la barra y pide una cerveza. Sin embargo, sabe en su interior que terminará en el bar del viejo Francisco.

Trata de ordenar sus ideas y sacar de ellas la “irracional” necesidad de ver de nuevo a la pequeña y pálida prostituta que huele a Marta. Sus esfuerzos no solo resultan vanos, sino que, por el contrario, intensifican aún más esa necesidad, al punto de que cuando trata de fijar en su mente el rostro de su esposa muerta, como forma de conseguir la fuerza necesaria para expulsar de su pensamiento

a la chica, es el rostro de ésta el que aparece y le dirige una mirada de reproche, como la que le lanzó cuando descubrió los billetes extras en su pago.

El viejo sacude la cabeza tratando sin éxito de borrar la narcotizante imagen. Apura de un trago la media jarra de cerveza que le queda, pero tampoco obtiene resultados satisfactorios. Hacia donde quiera que mira ve los ojos almendra y las larguísimas pestañas. Desde todos los ángulos le llega el divino olor a mandarina, sándalo, miel y canela. Pide con inapropiada urgencia otra cerveza y la desaparece en segundos. Una tercera enfrenta el mismo destino. Aún con la jarra en la mano, observa su rostro en el espejo que cubre toda la pared detrás de la barra. Casi no se reconoce en la imagen. “¿Ese soy yo? ¿Tan viejo, tan acabado? ¡Carajo, Perro! La vida te está pasando factura y lo peor es que ya estás haciendo sobre-tiempo”, murmura con una terrible sensación de derrota.

Pide la cuenta y sale a paso lento del bar. Afuera la madrugada se hace presente en un viento frío y húmedo que huele a algas y sal marina. El silencio apenas es roto por el paso de un vehículo o el sonido lejano y breve de la música, cuando algún cliente abre las puertas de un nighth club para entrar o salir. Esteban detiene un taxi y le da la dirección de La Firma. Sabe que hasta casi el amanecer allí siempre hay bohemia.

Desde la distancia ve la fachada del establecimien-

to, triste y solitaria, muy a tono con su ánimo. Por un instante teme que ya hayan cerrado, pero mira el reloj y todavía no son las 3 de la mañana. Francisco, aún sin clientes, no cierra antes de las 4, tanto por costumbre como por el hecho de que vive allí solo y, terminada la jornada, hace caja y adecuenta un poco el bar para que la mujer que limpia por las mañanas “no hable pendejadas”.

Entra al local y queda perdido unos segundos en la oscuridad mientras sus ojos se adecuan a la débil luz que lo ilumina. Francisco está detrás de la barra lavando unas jarras para cerveza frente a un par de clientes habituales que beben ensimismados.

—Allá está el tuyo— dice el barman—propietario señalando con los labios como siempre.

Esteban mira hacia la mesa del fondo, donde siempre se sienta La Jauría, y alcanza a divisar a Chacal.

—Llévame dos— pide mientras se encamina hacia donde se encuentra el fotógrafo.

—Hombre, Perro, te perdiste una discusión muy sabrosa. Casi toda la pandilla estuvo hoy. Calle quería verte. Dice que la tienes olvidada por culpa que las niñas a las que les están dando clases. La Hiena estuvo molestándola un rato contando “intimididades” de cuando ella hizo pasantías con nosotros y casi te vuelve loco... ¿Y podría saberse de dónde viene el señor incumplido a esta hora? No me digas nada, ya sé, sacaste a bailar al muñequito... Viejo pervertido— asegura Gusta-

vo mientras llega Francisco con las cervezas.

—¡Epa! amigo, yo todavía estoy lleno— advierte Chacal mostrando su jarra con más de dos tercios de licor.

—Ese no es mi problema. Pregúntale a tu amigo canino— responde el viejo cantinero y se retira.

—Te me vas a rajar a estas alturas de la noche. Tómame esa vaina, que ya debe estar como para hacer sopa— le reclama El Perro.

—Cómo usted mande, comandante— responde al aludido haciendo la parodia de un saludo militar con la jarra, que inmediatamente deja vacía de un sorbo.

Toma un poco de aliento, eructa brevemente y pregunta: “De dónde la traes”; pero tiene que esperar unos segundos mientras Esteban ingiere la mitad de su cerveza.

—Nada, chico. Di unas vueltas por ahí, me tome unas cuatro y, ya que no hay más nada bueno, me vine a ver si conseguía aquí a alguno de ustedes para hablar pistoladas un rato— detalla.

—Bueno, mijo, llegó tarde. Yo ya me quedé sin parque y Josué, al que nunca se le terminan las municiones, acaba de irse como los buenos toreros: en hombros... pero de lo borracho que estaba, para variar. Calle y El Lobo lo llevaron a su casa— refiere el fotógrafo con humor.

Aunque es evidente que ha estado casi toda la noche tomando, Chacal no muestra serios signos de embriagues. De hecho, Esteban afirma que puede contar con los dedos de una sola mano las veces

que lo ha visto realmente borracho y aún le sobrarían dedos. Todos coinciden en que el hombre tiene un admirable control de la bebida, pero El Perro acota que también ayuda el hecho de que uno nunca sabe cuándo El Chacal habla en serio o en broma, cuándo finge una borrachera para obtener información que le interesa o esconde la embriaguez para no quedar en desventaja frente a sus interlocutores. “Más que un chacal, ese flaco es un taimado y viejo zorro”, asegura.

—¿Y tú, por qué te quedaste aquí solo? ¿Hay turbulencias con la Chacala?— le pregunta.

—No, chico. Es que Rosa anda por la capital en una de sus vainas de Periodismo Científico. No regresa hasta el domingo. Los muchachos, mientras tanto, se fueron donde la familia de ella en La Sierra. Tú sabes que a mí me fastidia llegar a esa casa sola. De cualquier manera ya estaba por irme. Solo quería tomarme un par más para completar la cuota del día— le responde terminando la frase con su siempre franca risa.

—Pero cuéntame. Algo te pasa. Te veo como apocado ¿Será que al fin te llegó la andropausia?— indaga el fotógrafo.

—Nada, mi hermano. Solo que nunca me terminaré de sorprender de lo extrañas que son las mujeres. Cuando uno cree haber conocido todos los tipos y calibres existentes, salta una de no sabes dónde y te deja con la boca abierta— confiesa.

—¡Ay, papá! El viejo perro volvió a salir de carcería y le salió una astuta zorra. Cuéntame, que

tus historias amorosas siempre son interesantes, aunque generalmente algo tragicómicas— lo exhorta Gustavo con sincero entusiasmo.

Esteban pretende ignorar la solicitud y se toma un buen trago de cerveza. Con estudiada lentitud saca la cajetilla de cigarrillos y se lleva directamente uno a la boca, lo enciende y da una larga chupada. Mira hacia un punto perdido en el salón mientras su amigo le hace un gesto inquisitorio.

—¿Entonces? Me vas a dejar con la curiosidad. Viejo no seas mala gente. Vamos, Perrito, confíame cuáles son los pesares que ahora aquejan tu corazoncito— insiste Chacal con exagerada melosidad. Sin dejar de mirar al infinito, el viejo suelta una gran bocanada de humo, se toma otro trago de cerveza y lentamente torna la mirada hacia su interrogador.

—Compadre, tú te has encontrado alguna vez con una puta que no parece puta— interroga como si pretendiera compartir un gran secreto. Su interlocutor da un respingo, sorprendido por la curiosa pregunta. Sin embargo, casi de inmediato su eterno humor lo hace reaccionar.

—¡Por supuesto! Casi todas las mujeres que conozco son así. Lo que se necesita es descubrir cómo hacer salir a flote su verdadera naturaleza. Recuerda: No existen mujeres fieles, solo hay mujeres sobrias”— responde con una sonora carcajada.

—No es eso, Chacal. Me refiero a una puta trabajando como puta, pero que se comporta... no

sé... ¿Cómo una dama?— trata de explicarle.

—Ay, viejito, nunca pensé llegar a ser testigo de esto. No me digas que te estás enamorando de una meretriz, hetaira, ramera, prostituta o, simplemente, zorra. Amigo, ya usted no está para esos trotes. Ni siquiera para las pasantes... ¿Por qué ya no te metes con las pasantes, verdad?— le pregunta guiñándole un ojo.

—No, hombre. Deja la broma, que la cosa es en serio. Es que esta chica hasta me trató de usted, no aceptó que le diera propina y, sinceramente, nunca me había sentido tan completo con otra mujer que no fuera Marta...

Gustavo guarda silencio un momento. Al escuchar el nombre de la esposa muerta de su amigo comprende que el problema es mucho más grave de lo que él podría suponer. Esteban no mezclaría nunca a Marta con una prostituta a menos que realmente ésta lo haya impresionado... o, en el mejor de los casos, que estuviera perdiendo el juicio, piensa.

Asumiendo el tono paternal que siempre utiliza cuando de verdad quiere ayudar a un amigo, se dirige a Esteban remarcando cada palabra.

—Mira, hermanito, yo sé que para ti sigue resultando muy difícil sobrellevar la ausencia de Marta; pero no te puedes dejar llevar por la desesperación. Ella se fue y ya no volverá. Se quedó, eso sí, en tu corazón; pero no puedes hacer que regrese, ni ella, ni su aroma, ni nada. Solo tienes su recuerdo, el recuerdo de lo felices que fueron.

No te engañes, porque vas a sufrir más. No la busques en otras, no te confundas porque una chica use un perfume parecido al de ella. Vive tu vida, aún puedes dar mucho y ¿quién sabe? de pronto, al doblar una esquina, encuentres algo de la felicidad que perdiste. Deja que la vida te indique el camino y no persigas espejismos.

Con la mirada fija en el cigarrillo que gira entre sus dedos desde que su amigo comenzó a hablar, el viejo murmura como para sí mismo.

—Es que allí, precisamente, está el conflicto que me carcome. Esa zorrita me hizo olvidar completamente a Marta. La borró de mi mente hasta hacer desaparecer su rostro de mi memoria. Yo trataba de ver la mirada de ella y lo que veía eran los ojos de la muchacha; trataba de oler su olor, pero sabía que ese olor le pertenecía a la chica; trataba de sentir a Marta en su cuerpo, pero era el cuerpo de ella el que me hacía temblar de pasión. Ahora no sé qué hacer. Quiero volver a ver a esa muchacha, pero sé que es una locura. Tú sabes muy bien que ninguna mujer ha podido realmente dominarme. Solo Marta. Ella logró de mí lo que nadie pudo ni podrá lograr jamás. Ahora viene esta muchachita, esta zorrita, a moverme el piso de esa manera. No, viejo. Eso no se le hace a un hombre.

—Ay, hermano, usted está lo que se dice bien jodido. Organízate, saca de tu mente esos malos espíritus, y muy especialmente a la zorrita, porque de eso no puede salir nada bueno— le advierte Chacal.

Francisco, que ya ha terminado de arreglar todo lo pendiente, les grita desde la barra.

—Bueno, mis hijos, si no van a beber más, vayan escurriendo el bulto; este cristiano también duermeme y ya van a ser las 4 de la mañana.

—Okey, Paquito, no te molestes con este par de viejos; danos las del estribo y arrancamos— le dice conciliador el fotógrafo. Luego se dirige a Esteban.

—Mira, chicho, te llevo a tu casa, duermeme hasta medio día y después verás todo con más cordura. Estás pasando sólo por un ataque de soledad. A todos nos ocurre alguna vez, pero no te dejes llevar por tus impulsos; mira que yo te conozco y sé que cuando te emperas en una idea no te detienes hasta que la concretas; pero en este caso escucha mi consejo, quédate tranquilito, como si te fueran a operar a corazón abierto—, le recomienda sin poder evitar la chanza final. Ambos se ríen. Consumido el par de cervezas y cancelada la cuenta, los dos periodistas se despiden del barman—dueño y abandonan el local.

Durante el resto de la semana, Esteban se sumerge en sus clases y en su novela, pero con evidente desgano. Incluso, vuelve a ver en uno de sus talleres a la muchacha feúca que lo turbó hace poco, pero ahora se le antoja vulgar, procaz; nada digna de despertar en él ningún tipo de pasiones.

Su cerebro está centrado en pensar en el lunes. Espera ese día con ansiedad y, por qué no admi-

tirlo, con una importante dosis de temor. Síndrome de viaje, se dice.

Por las noches se queda hasta tarde aullándole mentalmente a una luna que transita lentamente hacia su fase menguante. De no ser por la angustia que siente, esta situación le habría parecido extremadamente ridícula. Avanza poco en su novela y esquivo delicadamente a algunos amigos que lo llaman por teléfono para invitarlo a reunirse con ellos. Incluso, el sábado por la tarde lo llama La Hiena, preocupado por su “ausentismo”, pero le argumenta que está revisando “un bojote” de trabajos que le han entregado sus estudiantes.

De domingo para lunes casi no puede dormir. Se siente como un niño ante su primer día de clases. Muy temprano ya está en la ventana respirando el fresco aire marino combinado con el olor del café que toma a sorbos cortos pero continuos. Decide que esa mañana no irá a la Universidad. Esta demasiado alterado y sabe que todos se darían cuenta. Como un león enjaulado, deambula por el departamento, de la sala a la habitación, de la habitación al ventanal, del ventanal a la biblioteca. Se sienta frente a la computadora apagada y se levanta casi de inmediato. Ya al mediodía sus nervios están tensados como una cuerda de guitarra. Se viste presuroso y sale camino al centro de llamadas.

—Buenas tardes, Electra agencia del amor y la amistad a sus órdenes—, le responde una voz de mujer que no identifica. Es una contrariedad que

no esperaba y que lo deja mudo.

—Aló. Electra agencia del amor y la amistad a sus órdenes. Dígame—, insiste la recepcionista.

—Buenas tardes, amiga... Es para solicitar un servicio esta noche—, titubea Esteban.

—Bien. Dígame su dirección y la hora en que quiere la chica—, dice la mujer con todo profesional.

—Bueno... es que... Verá, yo quiero una chica específica. Ella vino el lunes pasado cerca de medianoche. Si usted me pudiera hacer el favor de enviármela a ella, sabría agradeceré—, solicitó el viejo con evidente timidez.

—Amigo, el problema es que nosotros tenemos muchas chicas... y todas son bellas y complacientes. Sin embargo, yo no estaba en este turno la semana pasada y no sé de quién se trata. Si me la describe, tal vez pueda ayudarlo. En todo caso, cualquiera de nuestras muchachas es una experta en complacer a los hombres exigente—, argumentó la voz al otro lado de la línea.

—No quiero otra. Mire, la muchacha es muy joven y muy blanca, poco más de metro y medio de estatura, con ojos color almendra y senos un poco grandes para su contextura—, detalla Esteban.

—Creo que sé de quién me hablas. Está hecho. Dime donde y a qué hora la quieres—, responde con jactanciosa eficiencia la recepcionista.

—Pero... ¿Usted está segura de a cuál chica me refiero?—, insiste Esteban poco confiado.

—¡Pues, claro! mi señor. Yo no lo decepcionaría jamás—, devuelve la mujer.

Aún sin mucha convicción, el viejo le da los datos y cuelga.

Durante unos minutos se queda dentro de la cabina sopesando si realmente la mujer sabría ubicar a Alondra. La duda lo corroe. Nunca le ha gustado “comprar sin ver”, pero en esta ocasión no ve otra salida y, si quiere volver a ver a la muchacha, tiene que jugarse este albur.

Como siempre, sale de allí con destino al restaurante de Gina para comerse su previsorio plato de mariscos. Esta vez selecciona una cazuela, que consume con parsimonia, como tratando de aprovechar el almuerzo para darle un poco de tranquilidad a su agitado espíritu. Contrario a su costumbre, decide irse directo a su casa al concluir. Sigue apático al contacto humano.

El resto de la tarde lo pasa igual que la mañana, caminando de un lado a otro. Intenta distraerse releendo las más recientes páginas de su novela para corregirlas, pero no logra concentrarse. Finalmente se rinde y, tras tomarse medio vaso de whisky y fumarse su decimo cigarrillo, va a la habitación y se acuesta vestido. Cierra los ojos y trata de poner su mente en blanco, pero no lo logra. El rostro de la chica y su añorado olor lo agujonean sin piedad. Poco a poco siente como se va enseñoreando la oscuridad y nuevamente lo invade la agitación. Cerca de las 9 de la noche se mete al baño, se afeita y entra a la ducha. Deja

correr largo rato el agua sobre su cuerpo, como para quitarse de encima la angustia e incertidumbre que lo agobian. Casi una hora después sale del baño. Encara el armario buscando meticulosamente algo adecuado qué ponerse. No quiere estar muy elegante, pues no es la idea, pero trata de conseguir una combinación que resulte agradable y, fundamentalmente, “juvenil”. Selecciona una camisa de finas líneas azules y un pantalón del mismo color, pero muy oscuro, casi negro. Con las medias no hay problema, siempre las usa blancas. Escoge un par de zapatos negros, tipo mocasín, con alta suela de caucho. Una vez vestido, selecciona un pañuelo blanco con ribetes azules y lo rocía brevemente de colonia, la que siempre le compraba Marta: pino, musk, madera y cítricos. Escancia algo de perfume en sus manos y se frota vigorosamente la cara y los antebrazos. Un leve toque en el pecho completa su “odorización” reglamentaria.

Ya listo, se dirige a la sala y echa una mirada alrededor para verificar que todo está arreglado y en orden. Le hace un poco de gracia sentirse como si estuviera preparándose para una cita romántica. Mira el reloj en la pared: las 10:37 pm. La da tiempo de tomarse un trago, fumarse un cigarrillo y lavarse la boca. Hace todo eso de prisa y se para en el ventanal haciendo acopio de paciencia. Son las 10:59. Está atento al timbre de la puerta, que espera suene en cualquier momento. Sin embargo, el tiempo comienza a pasar inexorable: 11:05.

11:10, 11:12... Mientras más van transcurriendo los minutos, más se convence de que SU chica no será la que venga hoy. 11:15. La ira empieza a subirle desde el estómago, le cierra la garganta dificultándole respirar y termina por estallarle en la cara como una ardiente llamarada. Busca instintivamente con los ojos algún objeto pequeño que lanzar contra la pared o, mejor, contra el cristal de la ventana. Los vidrios rotos siempre han ejercido en él un poder sedante. 11:18 pm ¡Al fin suena el timbre! Sale disparado hacia la puerta con el corazón galopando en su pecho como un potro desbocado. Camina (casi corre) envuelto en una mezcla de ira y alegría sin saber cuál de los dos sentimientos va ganando la partida. Alcanza a detenerse a centímetros de la puerta y olfatea como un viejo sabueso. Ni el más mínimo rastro de mandarina, sándalo, miel y canela. El aroma que percibe es algo frutal y dulzón, con unos toques desagradables de pachulí. Trata de controlar su profunda decepción ¡Aún tiene esperanzas! Tal vez cambió desafortunadamente de perfume. Huele de nuevo buscando algún trazo del divino aroma, pero el resultado sigue siendo negativo. Con la decisión de quien salta desde un precipicio hacia la muerte inevitable, abre violentamente la puerta. Lo que ve le resulta mucho más desagradable y ofensivo de lo que pudo haberse imaginado. Una esquelética mujercita, de palidez enfermiza, pechos mal rellenos de silicona y mucho más de 30 años, le sonríe un poco amedrentada, tal vez a

causa de la expresión de energúmeno que reboza en su cara. El olor de pachulí se le hace insoportable. Por unos segundos ambos quedan parados frente a frente, mirándose de hito en hito. Ella es la primera en reaccionar.

—¿Y qué, papi, no me vas a invitar a entrar?—, le dice con una voz cascada que pretende infructuosamente parecer infantil.

—Quédate ahí. Ya regreso—, pronuncia con voz cavernosa y literalmente le tira la puerta en la cara. A paso vivo se dirige al cuarto, abre la gaveta de un tirón, extrae el paquetico de billetes y regresa a grandes zancas hasta la puerta, que abre con mayor violencia que la primera vez.

—Toma y lárgate—, le dice entregándole el dinero.

—Pero, mi rey. Si no hemos hecho nada. Déjame pasar y te haré llegar al paraíso.

—Lárgate—, repite él como una clara amenaza.

—Ay, mijo ¿Como que te desayunaste con clavos calientes? Okey, dame mi plata, así me ahorro tener que acostarme con un viejo tan feo—, contraataca ella mientras le arranca el paquete de la mano, da media vuelta y camina presurosa por el pasillo murmurando: “Se habrá visto. Solo a mí me mandan a atender a estos locos”.

El hombre se queda en el marco de la puerta aguantando las ganas de salir corriendo tras ella y torcerle el pescuezo de gallina vieja. Con incommensurable rabia da un portazo que retumba en todo el edificio. Aún se queda parado un

momento frente a puerta, esperando que de la madera brote el mágico aroma. Nada ocurre y su cara se va ensombreciendo y avejentando con la rapidez de un ocaso en la ladera de una montaña. Lentamente se voltea hacia la sala y la escudriña como si estuviera viéndola por primera vez. Se detiene un momento en la biblioteca. “A ella le gustan los libros, es un hecho”, dice para sus adentros. Su vista sigue el recorrido hasta el gran ventanal, desde donde se aprecia una luna menguante y mezquina que asoma brevemente tras la capa irregular de nubes que cubre el horizonte, ya algo borrascoso por la época. Con paso derrotado se dirige al bar. En su camino agarra al acaso la cajetilla y el encendedor. Ya cuando llega a la pequeña barra lleva el pitillo humeante en los labios. Se sirve la dosis de siempre y camina hasta la ventana, apoya la mano con el cigarrillo en la baranda y se toma la mitad del contenido del vaso con estudiada lentitud, tratando así de “bajar las revoluciones” de su mente, sumida en un caótico torbellino de sentimientos. TIENE QUE ENCONTRAR A LA CHICA... pero no se le ocurre ningún método eficaz de búsqueda. Su única posibilidad es la recepcionista amiga. Tendrá que esperar todo el día siguiente. Maldice mil veces su suerte. Intenta aullarle mentalmente a la luna, pero el ahora disminuido astro no le ofrece motivación alguna. Decide esperar allí el amanecer rumiando su desgracia.

Capítulo 4

Pelea de perros

El Sol, ya bastante alto, lo encuentra dormido en el sillón de la sala. No recuerda cuándo se quedó dormido, solo que destapó una nueva botella de whisky y otra cajetilla de cigarrillos. Siguiendo el rito de todas las mañanas, se levanta camino al bar, sirve algo de licor percatándose de que la botella ya está “bastante avanzada” y la rodea una media docena de colillas que fueron aplastadas directamente en la barra. “Después limpio”, se dice. Enciende un cigarrillo y se dirige a la cocina, prepara café y lo alinea con la mitad del licor. Bebe la infusión a tragos cortos, alternando con el “pitillo de contemplaciones”, como decía un viejo poeta de su pueblo.

Casi una hora después, bañado y suficientemente fresco, se sienta en el escritorio. Por fortuna hoy no tiene que dictar taller, pero debería ir a dejar en la coordinación los trabajos corregidos para que los estudiantes los retiren. Eso es indispensable para su disertación de mañana. “Tré después de mediodía”, se tranquiliza.

Haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, enciende la computadora y retoma la redacción de su novela.

Poco después de la 1 pm se viste y sale camino a la Universidad. En el trayecto entra a un pequeño restaurante de comida local y se toma una reconfortante sopa. Entrega los trabajos en la coordinación, saluda algunos profesores y responde las

consultas que le hacen varios alumnos con quienes se cruza en el camino. Sin embargo, se siente muy incómodo. Quiere salir lo más pronto posible del centro de estudios, que lo ahoga.

Ya son casi las 4 pm. Faltan más de dos horas para que pueda llamar a su amiga recepcionista de Electra. Aún mantiene la esperanza de ubicar la chica que tantos conflictos emocionales le está creando. Decide refugiarse un rato en un bar, pero selecciona uno que ha frecuentado poco. No quiere ver caras conocidas.

A las 6 en punto está entrando a la cabina telefónica, marca de memoria el número de Electra y espera con fe que le conteste la recepcionista amiga.

En efecto, es su voz la que escucha al otro lado de la línea.

—Buenas noches, Electra agencia del amor y la amistad a sus órdenes—, contesta maquinalmente.

—Buenas noches, amiga. Soy Cerbero ¿Cómo está?— dice Esteban con cortesía y tratando de ocultar su emoción.

—Hola, mi amorcito ¿Qué te pasa, estás cambiando tus hábitos? Ahora llamas cualquier día de la semana. Como que estás tomando alguna poción de amor—, exclama ella divertida.

—No es eso... Disculpe, es que he tratado de ubicar a la última chica que me envió, pero no he podido lograrlo. La llamo para ver si usted puede ayudarme en eso. Sabría recompensarla—, responde el viejo con timidez.

— Ay, amigo, tenemos un serio problema con eso. La chica no ha regresado a trabajar desde ese día ¿Qué fue lo que le hiciste? Mira que esa muchacha es nuevecita y no está acostumbrada a... digamos... cierto tipo de juegos algo pervertiditos... ¿Será que tú la asustaste? Mira que el jefe anda molestísimo. Dice que a él no se le va ninguna chica “con la cabuya en la pata”. Aquí, entre nosotros, temo que si la encuentra le haga algún daño—, le confiesa ella.

El viejo siente una crispación inmediata. Él sabe muy bien la técnica de los proxenetas. Si una chica les “falla” le aplican un “severo escarmiento” para que las restantes no la imiten. Es una simple y eficaz filosofía: mantenerlas sometidas a través del miedo... y ese escarmiento en muchas ocasiones es terrible

—Pero ¿usted no tiene alguna manera de comunicarse con ella? Hay que evitar que ese cerdo la encuentre—, advierte Esteban angustiado.

—Lo he intentado, pero no contesta su celular. Parece que lo canceló o cambió el número. Dios quiera que Freddy no la encuentre, pero no tengo muchas esperanzas con eso. Él es muy obsesivo. Solo puedo decirle que estoy casi segura que ella estudia en la Universidad—, le informa.

—Con eso me basta—, le dice el viejo y se despidió de la recepcionista.

—Espero que pueda encontrarla primero que él—, recomienda la mujer con verdadera preocupación.

“Si estudia en la Universidad, yo la voy a encontrar”, se asegura Esteban convencido.

A partir del día siguiente, el viejo profesor dedica todo su tiempo a recorrer la Universidad. Se sienta en los cafetines más concurridos. Su instinto le dice que si ella estudia allí, tiene que ser en una carrera humanística, porque es la única explicación del interés que mostró por su biblioteca. Durante más de dos semanas se mantiene en cacería, recurriendo a todas las técnicas desarrolladas en sus mejores tiempos de reportero de investigación. Aplica sistemáticamente el protocolo POV (Procedimiento de Observación y Vigilancia) que le enseñaron sus amigos de Inteligencia Militar. Sin embargo, la muchacha no aparece por ningún lado.

Ya al término de la tercera semana, sentado en el cafetín principal de la Escuela de Letras, al fin puede verla. Está encantadora. Viste con un pantalón de mezclilla color ladrillo, suéter verde agua y zapatos de tenis en el mismo tono. Lleva a la espalda un morral escolar y en las manos una rima de libros.

La acompaña un muchacho alto y delgado. El cabello, algo revuelto, y la incipiente barba, de un negro azulado, hacen un perfecto marco a su tez sonrosada. Unos anteojos correctivos de montura también negra completan su imagen de inocente bohemia. Con algo de celos, no puede evitar compararlo con él mismo en sus primeros semestre de universidad. Muy a su pesar admite que hacen una bella pareja.

Los dos jóvenes ingresan al ala de Letras conversando animadamente. Esteban espera unos minutos y les sigue los pasos. Con toda discreción va asomándose en cada una de las aulas hasta que los encuentra, en plena clase, sentados uno al lado del otro. “Ya te encontré, zorrita”, se dice complacido. Ahora lo que falta es identificarla plenamente, cosa que no le resultará difícil teniendo buenas amistades en Control de Estudios, hacia donde se dirige presuroso.

Un par de saludos cordiales y algún halago administrado con diplomacia bastan para que esté al frente de los archivos de todos los estudiantes de Letras. Por el profesor que les dictaba la clase, deduce que la joven está en la segunda mitad de la carrera, por lo que se limita a revisar esos expedientes. No tarda en encontrar el de ella, sobre cuya carátula se lee: Angélica Grimaldi. “Tiene apellido de princesa”, se dice complacido. Estudia brevemente los folios para enterarse que procede del oriente del país y cursa, con excelente rendimiento, el octavo semestre de Filosofía y Letras. “Una verdadera cajita de sorpresas es esta niña”, murmura complacido.

Ahora solo debe encontrar la oportunidad de verla a solas, sin el noviecito.

Esto requiere de marcación cuerpo a cuerpo y, de eso, él tiene toda la experiencia del mundo. Apenas tarda dos días en encontrar la oportunidad. Luego de despedirse de su amigo con un cariñoso beso, Angélica (el nombre le suena a músi-

ca) se dirige a un baño de damas. Esteban espera pacientemente hasta que ella sale y entonces le cierra el paso.

—Hola, Penélope—, le dice remarcando el nombre y tratando de que su maravilloso olor no lo distraiga de su propósito.

—Profesor—, exclama ella con voz ahogada.

—Me enteré que eres una alumna aventajada. Te felicito—, comenta él con un toque de cinismo que solo oculta un nerviosismo igual o mayor que el de ella.

La muchacha baja la mirada sumisa y predispuesta.

—¿Qué quiere?—, pregunta con resignada rabia.

—Quiero que vayas esta noche a mi departamento—, le dice él con estudiada sequedad.

—Ya no trabajo en eso—, se defiende la chica.

—Ya lo sé... y sé también que Freddy te está buscando—, afirma el viejo en tono lúgubre.

—Eso no es asunto suyo—, le responde la joven con ira contenida.

—Ve hoy a mi casa... o tu noviecito sabrá cosas interesantes de ti—, amenaza el hombre.

—Usted es peor de lo que dice la gente. Es un cerdo. Déjeme tranquila. No se aproveche de mi situación—, implora la muchacha sin abandonar su tono de disgusto.

—Te espero esta noche a las 9 en mi departamento. No faltes. Sería muy desagradable para mí complicarte aún más la vida—, le dice él tajante. El viejo da media vuelta y se retira mientras ella, aún con la cabeza inclinada, lo mira con el pro-

fundo rencor de quien es ofendido y no puede defenderse.

“Ella tiene toda la razón ¡Eres un cerdo! Pero qué puedes hacer. LA NECESITAS. Se trata del bienestar de ella o del tuyo. No te pongas ahora sentimental, viejo tonto”, le dice con frialdad su alter ego.

A las 9 pm en punto suena el timbre. Aún antes de llegar a la puerta, Esteban percibe el aroma de mandarina, sándalo, miel y canela. Su corazón comienza a palpar con furia y se queda paralizado. No se atreve a abrir. No sabe qué va a hacer o a decir cuando vea a la chica. Adivina que ella está igualmente parada frente a la puerta, a escasos centímetros de él. El tiempo parece haberse detenido. El viejo comienza a sentir un agitado latir en sus sienes y el olor de la muchacha que está del otro lado de la lámina de madera se le hace más intenso y cautivador. De pronto capta un ligero movimiento ¡Ella se va! Abre la puerta con desesperación y alcanza a verla caminando casi a medio pasillo. Ella se detiene. Parece considerar brevemente sus opciones. Lentamente se da vuelta y se queda mirándolo de frente con una expresión entre retadora y resignada. Él se hace a un lado sin decir palabra y ella, tras un brevísimo momento de duda, comienza a caminar hacia él e ingresa al departamento. Esta vez no mira a la biblioteca, simplemente se queda con la vista fija en el suelo. Él cierra la puerta y se queda parado

justo detrás de ella. Ambos se mantienen en silencio unos momentos más.

—Hagámoslo rápido y terminemos con esto. No quiero estar aquí ni un minuto más de lo necesario—, dice ella con voz hueca y sin levantar los ojos.

—Espera, no deseo que esto sea así. Solo quería verte. Estoy preocupado por lo que me dijeron en la agencia. Que no has vuelto por allá y que el chulo que la administra te está buscando muy molesto. Yo sé lo peligrosos que pueden ser esos tipos—, trata de explicarle él con dulzura.

—Su preocupación es tanta que amenaza con decirle a mi novio a lo que me dedicaba. Usted no es diferente a Freddy. Mejor dicho, usted es peor, porque él es un explotador de mujeres. Ese es su oficio... Pero usted... Todo un profesor universitario, un profesional muy reconocido y un novelista exitoso. Sin embargo, usted es peor que esa escoria. Usted es mil veces más ruin—, afirma ella con doloroso rencor.

—No es así, mi niña—, le dice mientras la toma de los hombros y la voltea con delicadeza. Ella se deja mover pero sacude los hombros para liberarse de sus manos.

—Por eso me hizo venir. Para aplacar sus preocupaciones revolcándose conmigo en la cama. Valiente ayuda—, reclama ella.

—No busco tener sexo contigo. Sí, es cierto, me has impresionado como ninguna mujer lo había hecho nunca. Solo mi esposa, pero ella falleció hace ya varios años. Eres... no sé... diferen-

te. No pareces una prostituta, no te comportas como una prostituta...

—¡No soy una prostituta!—, casi grita ella—. Tuve que hacerlo por necesidad y porque un hombre tan “buena gente” como usted supo engañarme hasta que me tuvo atrapada en sus sucias garras. Pero ya no más. Quizás deba agradecerse a usted. Tomé esa decisión la noche en que estuve aquí. Si un hombre, un intelectual como usted, a quien yo admiraba tanto; es capaz de igualarse a un proxeneta como Freddy, lo mejor que puedo hacer es alejarme lo más posible de ambos. Alguna forma encontraré para ganarme la vida mientras termino mis estudios.

Esteban no sabe qué responder, qué argumentos enfrentar a los de la chica. Solo atina a posar una mano sobre la espalda de ella mientras le dice con suavidad: “Ven, mejor vamos a sentarnos”. Es entonces cuando se da cuenta que la muchacha tiene los ojos anegados de lágrimas. Ella se deja conducir dócilmente. Una vez que la ha sentado, el viejo se dirige al bar y, sin preguntarle, sirve una pequeña porción del Syrah que guarda para sus amigas más exigentes. Para él prepara una discreta dosis de whisky, no más de un cuarto de vaso. Regresa y le extiende la copa, que ella en principio rechaza con un gesto. Él insiste también sin pronunciar palabra. Finalmente la muchacha toma la copa de vino, pero se resiste a tomarlo.

—No lo dejes calentar, porque pierde su elegancia—, le recomienda Esteban.

—Mi padre era italiano y desde muy niña conozco de vinos—, detalla ella con una naturalidad que lo deja aún más sorprendido. Ambos toman un poco de sus bebidas sin romper el silencio caviloso que los envuelve.

Ella es la primera en reiniciar la conversación.

—Cuando vine acá la otra noche por poco salgo corriendo. Temí que usted me reconociera, pues he asistido a varios de sus talleres. Incluso, una vez comentó muy positivamente un ensayo que hice sobre el uso de arcaísmos en las comunidades campesinas de Latinoamérica. Estaba segura de que me recordaría. Por fortuna no fue así—, relata.

—Disculpa, es que son tantos alumnos y los veo tan poco. Lo que no entiendo es por qué no percibí tu olor en esa ocasión. Tu olor es maravilloso—, se excusa conteniéndose para no decirle que ese olor le recordaba al gran amor de su vida.

—Bueno, es que realmente nunca estuve cerca de usted. El comentario lo hizo en una clase durante la cual analizó varios trabajos que consideró destacados—, explica ella.

Sin darse cuenta están conversando como viejos amigos. No hay duda de que existe una “química” especial entre el viejo periodista—escritor y la joven estudiante de Letras. Charlan sobre la Universidad, la vieja ciudad—puerto y el pueblito costanero de donde ella procede. Él le dice que estuvo varias veces allí antes, incluso, de que ella naciera. Se levanta y va al bar para recargar su vaso. De regreso se trae la botella de vino y escancia una pequeña cantidad en la copa de la joven.

—Esta es la última. Tengo que irme. Gracias por no comportarse conmigo como un patán—, le dice sincera.

—Espera, ya pasa de las 10 de la noche y yo tengo hambre. Me acompañas a cenar y después te busco un taxi para que te lleve a donde quieras ir—, propone el viejo utilizando su manida fórmula de no invitar a comer, sino a que lo acompañen. Sabe que en la mayoría de los casos esto da mejor resultado.

Ella lo piensa un poco y termina por aceptar. Esteban recoge su vaso y la copa, los deja en la pequeña barra y, excusándose, va al cuarto para ponerse un poco de colonia. Minutos después ambos salen del departamento. Cualquiera diría que son padre e hija que se dirigen a cumplir un compromiso social o van a cenar afuera, como en efecto lo harán.

El viejo la lleva a uno de los restaurantes más de moda en la ciudad. Aunque está concurrido, ya comienza a vaciarse debido a la hora. Se sientan en una mesa agradablemente ubicada y él pide dos copas de vino rosado y la carta. Cuando el mesero trae las bebidas le entrega un menú a él y luego, cuando le va a dar el de ella, el viejo lo detiene con cortés firmeza. Ella lo mira sorprendida, pero el mesero asiente con una ligera sonrisa y se retira.

—Es la primera vez que salimos juntos y yo te estoy invitando. La etiqueta exige que sea yo quien

te sugiera el plato, pues se supone que si te he traído aquí es porque conozco el menú y quiero que pruebes lo mejor de él. Cuando tú me invites, serás entonces quien elija. Claro, después de la primera vez, cada quien es libre de elegir lo que le apetezca. Espero que te guste lo que ordené—, le dice a la chica asumiendo sin pompa su faceta de hombre de mundo.

Su elección es sencilla, pero de alto nivel culinario: conejo al vino blanco, puré de papas y vegetales al vapor. Como postre melocotones en almíbar con queso crema. Ella está encantada. Charlan poco, pero se miran mucho, como en una especie de complicidad.

Ya están degustando el postre cuando de pronto ella se queda con la cucharilla en el aire. Su rostro asume una palidez mortal y murmura: “Por Dios, Freddy”. El apenas alcanza a voltearse cuando el joven, con todas las trazas de un consumado playboy, llega hasta la mesa y le grita a la joven: “Aquí estas, zorra. Creíste que me podías abandonar así como así. Al Freddy ninguna perrita lo abandona”. Mientras vocifera, la toma violentamente del brazo haciendo que la cucharilla salte y caiga sobre la mesa. Esteban salta como impulsado por un resorte. Antes de que el sujeto pueda reaccionar le encaja un derechazo en la mandíbula que lo hace soltar a la chica y retroceder un paso. Sin embargo, el chulo se repone de inmediato y le devuelve el golpe con tanta fuerza que le saca de la boca una de las prótesis dentales, que

choca contra el pecho de la muchacha y luego cae al piso junto con su propietario. Esteban, completamente atontado, alcanza a ver al malnacido arrastrado a la muchacha, que lo mira con una mezcla de pena por él y terror por ella.

Instintivamente el viejo busca su aparato dental, que un preocupado mesero ha rescatado y le alcanza. Con lentitud lo ajusta nuevamente en su boca y se incorpora ayudado por el mismo muchacho. Más avergonzado que dolido, el viejo mira a todos los que lo rodean e instintivamente saca la cartera para cancelar la cuenta.

—No se preocupe, señor. La cuenta va por la casa ¿Se siente bien?—, indaga el mesero.

Él afirma levemente con la cabeza, aún desorientado por el golpe y la humillación.

El chico se ofrece para buscarle un taxi, pero el lo rechaza cortésmente. Sale del restaurante aún con paso inseguro y se monta en el primer carro de alquiler que pasa. Poco a poco su propia miseria queda opacada por el temor que le produce el destino que pueda correr la chica. “Maldición, si tuviera solo 10 años menos hubiera molido a golpes a ese cabrón”, se dice amargamente. La confusión que lo invade le impide pensar con claridad. Se siente terriblemente débil e inservible, como un perro viejo derrotado por el nuevo macho alfa.

Al llegar a su departamento trata de aclarar las ideas. Necesita hacer algo pronto o la chica la va a pasar muy mal. Ya debe estar siendo víctima

de las crueles medidas correccionales que acostumbran aplicarle esos sujetos a las mujeres que los desobedecen o quieren escapar de ellos. La impotencia desespera al viejo, que enciende nervioso un cigarrillo y se sirve un whisky. Al primer sorbo siente un terrible ardor en la boca, rota por el golpe que le propinó el proxeneta. Al segundo trago la sensación disminuye lo suficiente para dejarlo pensar. De pronto llega a su mente un nombre: Tony ¡Claro! El viejo comandante de la policía. Él le debe algunos favores y, sin duda, podrá ayudarlo. Busca rápidamente su número telefónico y lo marca presa de la ansiedad.

—Disculpe. El número que usted marcó no puede ser localizado. Intente más tarde—, le responde la fría voz femenina del contestador automático. Esteban insiste un par de veces más con el mismo desalentador resultado. Ya es de madrugada y seguro que el oficial duerme. Es el máximo jefe policial del estado y ya no tiene por qué estar activo las 24 horas del día. Para eso tiene un gran número de subalterno que deben resolver los problemas y luego rendirle cuentas. Muy a su pesar, el viejo se convence de que tendrá que esperar el amanecer para contactar a Tony. Pero, mientras tanto ¿qué puede hacer? La angustia vuelve a apoderarse de su ánimo y lágrimas de ira afloran lentamente a sus ojos. Retoma el vaso de licor que había dejado abandonado en el bar y bebe como si se tratara de un amargo veneno. Recarga el vaso y camina hasta la ventana. Sabe

que no podrá dormir y decide esperar el amanecer allí parado. Maldice nuevamente su suerte, su vejez, su debilidad. Maldice al mundo como nunca antes lo ha maldecido.

El tiempo pasa con extrema lentitud, pero finalmente comienza a despuntar el alba. Aguarda aún a que el Sol esté franco sobre el horizonte y va a la cocina a preparar café. Apenas ha terminado de “montar” la cafetera cuando escucha unos insistentes golpes en la puerta, luego el timbre en rápidas repeticiones y nuevamente los toques obsesivos. Acude presuroso a abrir y una embriagante oleada de mandarina, sándalo, miel y canela le invade los sentidos, al tiempo que un pequeño cuerpo tembloroso se aferra a su pecho entre sollozos ¡Es ella! Una agradable sensación de blandura lo llena ¡Ella está aquí!... y en una pieza.

Lentamente la separa y, con la preocupación de un padre, comienza a examinarla mientras ella aún le oculta el rostro. Nota algunos moretones en un hombro que tiene descubierto y en ambas muñecas, las cuales apoya sobre su pecho. Perecen provocadas por ataduras. Con la mayor delicadeza de la que es capaz, toma su barbilla y le levanta la cara. Una ola de rabia e impotencia lo invade ante las evidencias del duro maltrato. La chica tiene una fea cortada en el labio inferior, un ojo severamente amoratado y laceraciones en su pequeña frente. No es la primera vez que ve a una trabajadora sexual con esas lesiones por lo

que se imagina la rudeza del castigo. Sin embargo, trata de no pensar en las otras muchas cosas que le deben haber hecho a la muchacha.

—Mi niña ¿Qué te han hecho?—, murmura con voz ahogada por la ira. Ella estalla entonces en un llanto frenético y se abandona casi inconsciente en sus brazos. Esteban la carga hasta el sillón donde la deposita con extremo cuidado. Corre a la cocina, llena media taza de café y regresa para hacérselo tomar poco a poco. Cuando se asegura que ella misma puede sostener la taza, vuelve a la cocina y trae un vaso de agua fresca. Cambia en la mano de ella el vaso por la taza, que deposita en la mesita de al lado. Espera unos momentos mientras ella se toma parte del agua en sorbos cortos y nerviosos. Cuando la ve un poco más calmada le quita el vaso de la mano y comienza a acariciarle el cabello con dulzura.

—Está loco. Dice que me va a matar para darle un ejemplo a las otras. No sé que hacer. Él habría cumplido su amenaza si no es porque uno de los muchachos que nos cuida mientras prestamos los servicios se compadeció de mí y dejó la puerta sin llave ahora en la mañana. Así pude escaparme, pero sé que el no descansará hasta encontrarme ¿Qué puedo hacer?—, borbotó la chica con la desesperación y el terror reflejado en su voz.

—Tranquila, nada te va a pasar. De eso me encargo yo. Espera un momento—, la tranquilizó Esteban y tomó su teléfono para volver a llamar a su amigo policía. Esta vez escucho un esperanzador repique.

—Buenos días. A la orden—, contestó la agresiva voz de Antonio Costello, el jefe regional de la policía científica.

—¿Tony? Soy Esteban. Esteban Lugo, El Perro ¿Cómo estás, amigo mío?—, responde el viejo con prontitud.

—Epa, Perro. Mi hermano. Cómo han estado tus cosas. Hombre, tú si eres mal amigo. Supe que habías regresado a Costa Caribe y ni siquiera te has molestado en llamarme hasta ahora. Seguro que tienes un problema, porque los “amigos” como yo sólo se buscan cuando hay líos—, le dice el otro en cordial reclamo.

—Mea culpa, mea culpa. Tienes razón, pero ya sabes, soy lo que soy: un perro. Tony, en serio, necesito un gran favor, un favor muy delicado—, le informa bajando la voz.

—No hay problema, hermano. Véngase cuando quiera a la delegación y hablamos—, contesta servicial el otro.

—Voy para allá. En 20 minutos hablamos—, anuncia Esteban decidido.

—¡Carajo! La cosa como que es grave. Ven, te estaré esperando. Un abrazo—, se despide el policía. El viejo corta la llamada y se dirige a la joven que todo el tiempo lo estuvo mirando con curiosidad.

—Espérame aquí. Voy a salir un rato. Si quieres recuéstate en la cama hasta que yo venga. En la nevera hay tocino y huevos. El pan está en uno de los estantes de la cocina. Si tienes hambre prepárate algo. También hay otras cosas, pero tienen

que cocinarse. No te compliques mucho. Lo fundamental ahora es que descanses y te relajes. No tardo. No le abras a nadie ni contestes el teléfono—, le recomienda en rápida sucesión mientras camina hacia la puerta. Cuando ya tiene el pica-
porte en la mano se detiene, duda unos instantes, y vuelve sobre sus pasos hasta donde esta la chica. Se inclina y la besa con ternura en la frente. “Descansa, mi niña”, murmura y sale a la calle sin volver la mirada.

Quince minutos más tarde está entrando en la comisaría. Algunos policías veteranos lo saludan con vieja camaradería. Se anuncia y cuando se lo indican pasa a la oficina del comisario jefe.

Éste, un sujeto bajo y regordete con aspecto de capo siciliano, lo espera de pie y sonriente.

—Bienvenido a su casa, mi querido periodista... o debo decirte SEÑOR ESCRITOR—, saluda en tono teatral.

—Qué va, amigo. Soy el mismo Perro de siempre. Hombre, se te ve muy bien. Algo pasadito de peso, pero aún mantienes ese nosequé de Harry El Sucio y Hércules Poirot mezclados. Bueno más del detective de Agatha Christie... digo... por la robustez—, comenta Esteban con sincero aprecio, pero a la vez tratando de rescatar la confianza que siempre hubo entre los dos.

—Siéntate—, invita su anfitrión— ¿Entonces, amigo Esteban, cual es tu emergencia policial?

El visitante duda brevemente sobre la mane-

ra de plantear el problema, pero termina escogiendo la que le parece menos directa, pero más convincente.

—Tony, tú sabes que siempre te apoyé, aunque en muchas ocasiones no estuve de acuerdo con sus métodos de profilaxia social. Bueno, todos los periodistas de Sucesos lo hicimos. Te acuerdas cuando los lunes nos tirabas en el escritorio cuatro, cinco o seis fotografías “en vida” de los más buscados, para que las tuviéramos a mano, y al final de la semana más de la mitad había muerto en “enfrentamientos”. Nunca te cuestionamos eso... quizás yo sí... un poco... pero siempre de puertas adentro, porque sabía que eran tiempos difíciles y había que tomar acciones. Igual ocurrió cuando los “pozos de la muerte”. Incluso todos te defendimos porque sabíamos que no tenías nada que ver con esos escuadrones de asesinos uniformados—, relata Esteban en tono confidencial.

—Lo sé, mi amigo. Y siempre se los he agradecido. Eran tiempos muy complicados—, admite el otro.

—Okey. Ahora yo necesito una ayuda urgente y solo tú me la puedes prestar. Es algo extremadamente delicado—, advierte.

—¡Suéltalo ya, hombre!—, exhorta el comisario.

—Tengo una amiga, casi una niña, que cayó en las garras de un proxeneta y ahora quiere salirse de ese mundo, pero el tipo la está acosando, ya la golpeó terriblemente y la ha amenazado de muerte—, confía Esteban.

—Viejo, no me digas que te enamoraste de una zorrita—, inquiera el policía divertido.

—No es eso, chico. Es una alumna mía. Una estudiante destacada, pero... la necesidad, la labia que tienen esos hijos de puta... la embaucó, la enredó hasta que logró lo que quería; pero ella ya se dio cuenta de que se metió en un mundo que solo la llevará al desastre—, argumenta el viejo con vehemencia.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Desaparecer al tipo?—, pregunta el comisario jefe Costello en tono conspirativo.

—No lo quiero en la ciudad. No lo quiero en el estado. Solo deseo que desaparezca... y mientras más pronto mejor—, afirma Esteban lapidario.

—Caramba. Nunca pensé que fueras tú, precisamente, quien me pidiera algo así. No será fácil... pero dime quién es el tipo y veré qué se puede hacer—, alienta su interlocutor.

—Se llama Freddy. Es un tipo de poco menos que 40 años. Dirige la agencia de servicios sexuales Electra. Es un maldito cobarde—, detalla el viejo sin ocultar su profundo desprecio.

—¡Ah! El Freddy. Desde hace meses le tenemos un seguimiento por drogas. Ese muchacho es un empresario multifacético. Además de proxeneta, es contrabandista, narcotraficante y casi estamos por demostrar que también es un asesino de mujeres. La cosa se nos facilita. Ya lo tenemos acorralado. No te preocupes, mi viejo, dalo por hecho. Esta misma tarde le doy el pasaporte a tu amiguito—, asegura el policía.

Luego de unas palabras de mutuo aprecio y la promesa de “vernos pronto en La Firma”, Esteban se despidió con destino a su departamento. Han transcurrido cerca de dos horas desde que dejó a Angélica. Ansía volver a verla y saber cómo está recuperándose. Por el camino ve una dulcería y decide entrar para comprarle algo a la muchacha. La imagen de Marta aparece brevemente en su mente. Él siempre que podía le llevaba bombones, de los cuales era adicta. Pero el recuerdo de su difunta esposa ahora es solo eso: un recuerdo.

Cuando Esteban abre la puerta del departamento lo recibe un agradable aroma a tocino rehogado con ajo, cebolla, pimentón y otras sabrosas especias. Presa de la curiosidad avanza directamente a la cocina, donde encuentra a Angélica apenas vestida con una vieja camisa blanca de él y afanada frente a la estufa, donde humea provocativamente una sartén.

—Perdone, profesor, mi ropa estaba sucia y algo llena de sangre, así que me tomé la libertad de lavarla. Apenas la acabo de sacar de la secadora y la puse en su baño para que se refrescara un poco. En un momento me visto otra vez. No pensé que regresara tan rápido—, argumenta ella como nerviosa excusa.

Por un momento él queda completamente hipnotizado con sus blanquísimas y perfectas piernas, que asoman generosamente bajo la camisa. Ella lo nota y experimenta un encantador rubor.

El viejo se recupera haciendo un gran esfuerzo y mira hacia la ventana de la cocina. Se muere por las ganas de que ella se quede ataviada de esa provocativa manera, pero la caballerosidad se le impone. —Espera un momento. Te prestaré uno de mis monos de gimnasia. Te va a quedar grandísimo, pero sé que estarás cómoda. Te puedes cambiar en mi habitación—, le dice mientras sale a buscar la prenda ofrecida.

Minutos después ella está de regreso en sus labores culinarias con un aspecto que, de no ser tan encantador, motivaría un estallido de hilaridad. Envuelta en la prenda tres tallas por encima de la suya, parece una niñita que juega vistiéndose con la ropa de su papá.

—Estoy haciendo pasta a la carbonara. Era la preferida de mi padre ¿Ya le dije que era italiano? Bueno, desde muy pequeña me enseñó a preparar todo tipo de pastas. Preparo unos canelones que, modestia aparte, nada tienen que envidiarle al de los mejores restaurantes—, afirma soltando una risa cantarina que lo enamora aún más.

Esteban se escusa nuevamente y va al cuarto de huéspedes del departamento. Allí se queda a dormir alguno que otro amigo o amiga cuando los agarra la madrugada en una sabrosa charla.

Aunque la mujer que limpia el departamento cada quince días tiene órdenes estrictas de asearlo y cambiarle las sábanas cada vez, sin importar si lo han usado o no; el viejo prefiere arreglarlo hoy personalmente para que todo esté perfecto.

Su sensible olfato percibe un ligero olor a encerrado, por lo que corre a la biblioteca y extrae de una cajita con imágenes védicas una varita de incienso de sándalo y mandarina. Desde que conoció a Marta los compra para recordarla un poco en sus ausencias. Nuevamente el recuerdo de su esposa se presenta con simpleza y naturalidad. Una vez encendida la varita y colocada en el incensario que está sobre la pequeña peñadora de la habitación, regresa a la cocina. Es el momento justo en el que la chica comienza a servir los platos sobre la funcional mesita dispuesta allí para tales efectos.

—¿Qué tomaremos?—, pregunta tímidamente.

—Creo que tengo por allí una botella de Oporto que guardaba para la sangría de Navidad—, propone el mientras sale a buscarla.

—Pero si la guardaba para una ocasión especial no la saque. Podemos tomar jugo de frutas—, la escucha protestar débilmente a sus espaldas.

—La pasta es con un buen vino o con una buena cerveza. De otra forma es un desperdicio—, afirma él alegremente.

Ya sentados en la mesa, mientras ella le sirve, Esteban destapa el fresco y fragante licor que deja caer generosamente en las copas. Ella se levanta un momento para traer la bandeja donde está el pan tostado con mantequilla, ajo y orégano.

Al segundo o tercer bocado, el viejo toma un poco de vino, la mira directamente a los ojos y le dice con voz tranquila.

—Creo que hoy deberías quedarte aquí. Hasta que sepamos qué ha ocurrido con el delincuente ese, no es seguro que andes sola por la calle y menos que regreses a tu residencia. A más tardar esta noche o tal vez mañana temprano me darán noticias de él—, asegura.

La muchacha aprovecha la oportunidad para hacerle una pregunta que le ronda en la cabeza desde que el viejo salió después de su llegada.

—¿Usted hizo algo para que él no me moleste más? Antes de salir lo escuché hablar con alguien que me pareció policía. No quiero que usted se arriesgue por mí, ya bastantes problemas le causé anoche—, afirma la muchacha mirándolo con preocupación.

—Nada, mi niña. Solo salí a cobrar un par de favores. No te angusties—, le responde él y ambos continúan la comida en silencio. Al terminar, mientras ella recoge la mesa, Esteban se va a la sala, enciende un cigarrillo y se sirve dos dedos de whisky. Aún sin terminar de fumar comienza a sentir el aroma del café recién colado. “Definitivamente, esta muchachita es un tesoro”, se dice complacido. Pronto sale ella con una taza humeante en la mano y se la ofrece.

—Y tú ¿no vas a tomar?—, pregunta el viejo.

—¡Claro! Pero aprovecho a la vez para terminar de limpiar la cocina. Usted disfrute aquí tranquilo su café, que ya yo vengo a acompañarlo—, asegura la ahora eficiente ama de casa.

Esteban degusta la infusión, a la que discreta-

mente le añadió el whisky que le quedaba en el vaso, y trata de conjurar los temores que comienza a enturbiar su buen ánimo. “A más tardar mañana ella se irá... y una vez que haya cruzado esa puerta dudo mucho que le preste mucha atención a este pobre viejo amargado. Volverá con su noviecito, volverá a sus clases y tratará de enrumbar su vida con su propio esfuerzo... y ni siquiera tengo el consuelo de poder contratarla por Electra ¡Coño! Debió haberse quedado como puta... Bueno, pero puta exclusivamente para mí”. Esta última idea le resulta tan infantil que no puede evitar sonreír con tristeza.

Tras de sí siente los pasos de ella, que se coloca a su lado con la cafetera en una mano y una tacita de café en la otra.

—Un poquito más—, le ofrece.

El le acerca la suya ya vacía y espera hasta que la llena a la mitad. La chica coloca la cafetera en la barra del barcito y vuelve a ponerse a su lado en silencio. Ambos contemplan la brillante tarde que colma de reflejos el agua del mar y la ciudad misma.

—Ahora ¿qué piensas hacer?—, pregunta el viejo.

—No sé, aún no he tenido tiempo de pensarlo. Tendré que buscar un trabajo menos complicado, pero en estos días eso es muy difícil—, responde meditabunda.

Una idea que comienza a brotar muy adentro de su mente ilumina la faz de Esteban.

—Y si trabajas para mí... No. no, en serio. Yo necesito una asistente. Tanto para apoyarme con los

talleres de la Universidad como para mi trabajo literario y de investigación. Tú estudias Letras y has asistido a algunos de mis talleres. Serías ideal. Claro, no te puedo pagar mucho (Se mordió la lengua para no decirle “como en Electra”), pero podrías considerarlo como una beca—salario y, además, te ayudaría con tus clases ¿Qué me dices?—, le propone.

Ella no puede ocultar su sorpresa. Sin embargo, solo baja la mirada y se mantiene en silencio.

—No hace falta que me respondas en este momento. Piénsalo bien y después hablamos—, insiste.

—Perdóneme profesor. Usted ha sido muy amable conmigo, pero yo no puedo aceptar caridad. Eso no va conmigo—, le dice ella con evidente pena.

—Niña ¡No se trata de caridad! No te confundas. Yo necesito un asistente y tú necesitas un empleo. Estamos en áreas afines y, además, creo que nos podemos entender bien. Sé que tienes la paciencia y el carácter suficiente para sobrellevar mis manías. Eres una mujer muy inteligente y estoy seguro que juntos podremos conseguir importantes beneficios mutuos. Solo piénsalo. No te cierres desde ya—, recomienda él.

—Esta bien, lo pensaré—, cede ella.

El Sol ya comienza a caer sobre el horizonte y Esteban la invita a pasar a la biblioteca, recordando el interés que la chica siempre ha mostrado por ella. La cara de la joven se ilumina como la de un niño en una juguetería. Recorre con los dedos los

estantes repletos de libros de todos los calibres y procedencias. En algunos tramos se detiene y lanza como pequeñísimo pucheros de emoción o sorpresa. Aquí y allá toma un ejemplar específico, lo mira con detenimiento, lo hojea con extremo cuidado y lo vuelve a colocar exactamente como lo encontró. El la observa embobado, disfrutando tanto del placer de ella ante sus libros como el de él ante ella.

De pronto suena su teléfono. Por la identificación en la pantalla se da cuenta de que es el comisario Costello.

—Un momento hermano. Dame un segundo y te atiendo—, contesta con un nerviosismo tan evidente que ella lo nota de inmediato. A paso vivo, Esteban se traslada hasta el gran ventanal y habla con voz sigilosa.

—Ahora sí. Dime Tony—, contesta mirando de reojo a la chica, que también tiene su mirada clavada en él.

—Ya está hecho, amigo. Marcamos al becerro, aunque se puso un poco cómico al final. Menos mal que ya tú no estás en Sucesos, porque de ser así seguro nos creabas un serio dolor de cabeza desde mañana. Bueno, Perro, aquí estamos para servirte... y a ver cuando brindas por lo menos una botellita de whisky... Otra cosa, espero conocer a tu “alumnita” y ver que tanto tiene de especial para hacerte olvidar tus tan cacareados principios éticos y morales—, le dice alegremente el comisario sin ocultar el evidente regocijo que le produce haberlo “agarrado en falta”.

—Bueno, amigo, gracias por la gestión. Estoy en deuda contigo. Pronto nos vemos—, se despide el viejo alzando un poco la voz y tratando de parecer natural, aunque nota en la mirada de la joven un ligero matiz de reproche.

El se le acerca y trata de dirigir la conversación hacia los libros, pero ella le corta el discurso con una pregunta a quema ropa.

—¿Era el hombre con el que habló esta mañana? Él se siente descubierto, pero intenta sobreponerse y la mira retador directamente a los ojos, pero el color almendra de éstos parece haber desaparecido completamente. Ahora solo puede ver dos pupilas aceradas.

—Sí. Era el hombre con el que hablé esta mañana—, responde derrotado.

—¿Qué pasó con Freddy? ¿Qué le hicieron? Mire que en la universidad se cuentan muchas historias terribles sobre usted—, acusa.

—¿Qué ocurre? ¿Ahora te importa mucho TU Freddy?—, ataca él con cinismo.

—No. A él todo lo que pueda haberle pasado es poco para lo que se merece. Pero no me parece que usted tuviera que ensuciarse las manos con una alimaña de esa clase—, explica ella aún con tono duro.

—En todo caso, ya no tendrás que volverte a preocupar por él. Puedes seguir tu vida y tratar de enmendar el camino—, le aconseja Esteban con sinceridad.

La chica guarda silencio y baja la cara. En la suave

penumbra de la tarde, que va invadiendo rápidamente la sala, él no percibe la pequeña lágrima que corre por el rostro de ella y cae al piso.

El viejo se da cuenta de que está oscureciendo y busca el interruptor para encender las luces, lo que le da a la muchacha el tiempo suficiente para enjugarse la humedad de sus ojos.

Cuando él vuelve a mirarla ya está repuesta, pero sigue apesadumbrada. Como para alejarla de sus tristes pensamientos, Esteban la invita a seguirlo.

—Ven, te mostraré tu habitación. No es una suite cinco estrellas, pero está limpia y acomodada. Ahí está el baño. Ya te puse una pastilla de jabón y un frasquito de champú. En el armario puedes poner tu ropa hasta que te vistas mañana. Esta noche es preferible que duermas con la ropa que tienes puesta, porque para esta época refresca demasiado en la madrugada. Si necesitas algo, búscalo en la cocina o pregúntame a cualquier hora. Generalmente duermo poco y soy de sueño ligero. Cuando quieras puedes acostarte—, la instruye su anfitrión.

—No—, pronuncia ella con un hálito de voz.

—¿Qué dices? ¿No qué?—, pregunta él sorprendido.

—Que no voy a dormir aquí—, afirma ella con voz ronca.

—No te puedes ir ahora. Está bien, ya el tipo ese no te puede hacer daño, pero sería mejor que te quedaras hoy y mañana te vas—, argumenta él, enfrentado de repente a la posibilidad de no poder tenerla cerca.

—No me pienso ir—, dice ella mirándolo directamente a los ojos—. Quiero quedarme con usted. Quiero dormir esta noche con usted.

El viejo no entiende lo que dice la chica. Su actitud lo confunde grandemente

—Ya te dije anoche que eso no hace falta. Que solo quiero disfrutar de tu compañía—, alcanza a decir.

—No quiero quedarme por agradecimiento. En verdad deseo dormir esta noche con usted—, afirma ella decidida, al tiempo que lo toma de la mano y lo conduce suavemente a la habitación principal. Justo al lado de la cama se para frente a él, le desabotona la camisa y se la quita para ponerla cuidadosamente en la peinadora. Luego, con graciosos movimientos, se desase de la sudadera, que coloca con igual cuidado al lado de la camisa. No lleva sostén y los hermosos senos se muestran en toda su plenitud. Los pezones están muy erguidos. Dando un corto paso al frente, se pega a él y le rodea la espalda en un cálido abrazo. Esteban la imita, crispándose con el delicioso roce de su piel. Ella le besa delicadamente el pecho mientras el le corresponde haciendo lo propio con su cabello, donde se concentra el olor a mandarina, sándalo, miel y canela.

La chica se separa y entra a la cama, ocultando su cuerpo bajo la sábana. Andrés se queda en calzoncillos y va a hacerle compañía. Se abrazan dulcemente y ella se despoja del pantalón. Tampoco lleva ropa interior. Pronto ambos están

completamente desnudos bajo las sábanas y mirándose con tanta intensidad como si quisieran verse las almas.

—Hoy sí me puede besar, pero hágalo con cuidado, por favor, para que no me lastime—, advierte ella con voz profunda.

Él le responde apenas rozando con sus labios la herida que ella tiene en los suyos. Luego acopla con extrema delicadeza su boca a la de la muchacha y le da un larguísimo beso, que ella corresponde como si se hubieran besado toda la vida.

Esteban se olvida de tomarse la pastillita y ambos del preservativo.

Hasta bien entrada la madrugada los amantes comparten una pasión limpia, transparente. Tan parecida al amor que los hace desear que nunca acabe. En las pausas, yacen en silencio uno al lado del otro, pero sin perder el contacto físico. Se tocan con las manos, con los pies, con las bocas, con los cuerpos, unidos estrechamente, compartiendo miradas profundas, suspiros ahogados.

En un momento determinado, ella se yergue apoyada en un codo y, mirándolo muy de cerca, le dice: —Usted no debería esconderse tras esa actitud siempre huraña y agresiva. Usted es una persona maravillosa.

Él le devuelve la mirada con una sonrisa pícaro.

—Mi niña ¿hasta cuándo me vas a seguir tratando de usted? ¿Es que el nombre Esteban es tan feo?

—¡No! Es un nombre hermoso. Solo es que no sé si me pueda acostumbrar. Esteban... Es...

te...ban. Es que no puedo asociarlo con usted. Usted es el PROFESOR, el NOVELISTA... No es, así, simplemente “Esteban”—, responde ella divertida de su propia argumentación

—Pues, bien, mi querida alumna. De ahora en adelante esa será tu principal tarea académica. Acostumbrarte a tutearme... por lo menos cuando estemos a solas o entre amigos de confianza. Vamos a ver. Inténtalo—, la reta.

—TÚ eres un caso serio, ESTEBAN—, dice ella poniendo forzado énfasis en el pronombre y en el nominativo. Ambos se ríen como un par de niños, pero enseguida se quedan callados, mirándose como si fuera la primera vez que lo hacen... y entonces comienzan otra sesión de amor sin límites.

La chica termina por aceptar la oferta de trabajo de viejo y los resultados positivos se ven de inmediato. La dupla Esteban—Angélica resulta un éxito total. Él se siente rejuvenecido y su producción literaria recobra el ritmo de sus primeros tiempos. El viejo gruñón y mal encarado desaparece como por arte de magia. Ahora su rostro está siempre adornado por una sonrisa cálida y franca, tiene un comentario amable para todos e, incluso, vuelve a comportarse como un “ser socialmente funcional”, eso sí, supervisado constantemente por su joven y estricta asistente, quien demuestra de inmediato un alto nivel de eficiencia. Logra que el viejo, por primera vez en casi una década, tenga una agenda de trabajo or-

ganizada... ¡y la cumpla! Le organiza el material para sus talleres, lo ayuda en la revisión de los trabajos de sus alumnos y, lo más importante, revisa ¡y corrige! los originales de sus obras, haciendo observaciones y recomendaciones muy valiosas. En retribución, Esteban la asesora en sus estudios, le facilita o sugiere lecturas, la somete constantemente a “exámenes sorpresa” que la hacen descollar rápidamente entre sus condiscípulos, poniéndola casi a la altura de sus profesores. Esto, y algo de ayuda de su parte, hace que en pocos meses Angélica sea contratada por la Universidad como asistente.

En privado se comportan como dos adolescentes enamorados. Se hacen bromas, compiten con amigable rivalidad en la cocina, salen a comer fuera por lo menos una noche a la semana, van al cine o a algún espectáculo artístico y, al regresar, se entregan a una pasión que cada vez se hace más sólida, pero que parece destinada a no llegar nunca a ser verdadero amor.

En una ocasión, aplacadas ya las ansias de sus cuerpos, Esteban le pregunta como al acaso.

—¿Y qué vamos a hacer con Sebastián?—, refiriéndose al muchacho que sale con ella.

Angélica tarda un poco en responder, como seleccionando bien las palabras que utilizará.

—Nada. Él es mi novio y lo amo muchísimo—, responde a media voz bajando la mirada.

—¿Y yo qué?—, vuelve a preguntar él con un dejo de pena en su voz.

—Tú eres mi mentor. Mi amigo... mi amigo muy especial—, se apresura ella a contestar.

— Eso no es muy halagador. Nietzsche, en uno de sus geniales aforismos, afirma: “Para que exista la verdadera amistad entre un hombre y una mujer, debe haber un cierto grado de repulsión física”—, recita él sin poder ocultar un dejo de decepción.

Ella no responde. Simplemente se pega más a él y lo abraza con cariño.

El viejo también presentó a su joven asistente ante La Jauría en pleno, que la acogió de inmediato como “miembro honoraria”. La Hiena, siempre ocurrente y haciendo gala de su inglés “funcional”, la bautizó de inmediato: Foxy Girl (Zorrita); y todos, incluso Esteban dieron su aprobación. Solo la hembra alfa del grupo, Calle, mostró cierta reserva al principio.

—Viejo pervertido, tú nunca te vas a componer. Siempre andas buscando carne fresca. Ten cuidado, porque esa muchachita quizás solo trata de hacer carrera aprovechando tu imagen—, le dijo tan pronto tuvo la oportunidad.

El reloj hace rato que ha marcado la medianoche cuando ellos regresan al departamento luego de una de una animada velada de bohemia en La Firma de Oro. Sin mucho preámbulo se meten en la cama y comienzan a amarse con una pasión más intensa de lo usual, quizás debido a que ambos tomaron hoy un poco más de la cuenta.

Cuando Esteban llega la cúspide del placer siente una breve, pero aguda, puntada en la cabeza. Se queda unos segundos tendido sobre Angélica y luego se incorpora con lentitud, rechazando los juguetones intentos de ella por retenerlo.

—Voy a tomarme un analgésico porque me quiere doler la cabeza—, se excusa dándole un beso en la frente. Sin embargo, cuando se incorpora siente que todo gira a su alrededor. “¿Y de dónde salió esta borrachera? Yo no creo haber tomado tanto”, se dice preocupado.

Avanza un par de pasos hacia el baño, pero la sensación de mareo se hace más fuerte, su visión se torna borrosa por lo que intenta retornar al lecho. De pronto algo estalla dentro de su cabeza y el viejo se desploma. La chica, que lo estaba observando preocupada, salta enseguida de la cama y trata de levantarlo.

—Vísteme. No permitas que me encuentren desnudo—, le pide pronunciando las palabras con extrema dificultad.

Lo último que alcanza a ver Esteban es el rostro angustiado de la muchacha, Después su mente se hunde en un profundo hoyo negro.

Epílogo

La pareja camina sin apuro por una vereda empedrada que flanquean hermosos arbustos colmados de flores de distintos colores. Ambos son muy jóvenes. Menos de 30 diría algún observador. Ella lleva en brazos una pequeña de no más de dos años. Los rasgos de ambas delatan el parentesco. El hombre, de porte hermoso y cara de inocente bohemia, que es remarcada por unos anteojos correctivos de montura negra y cristales redondeados; las va escoltando con una mirada de profundo amor. Sin embargo, nada en su fisonomía coincide con los rasgos de la niña.

Cuando están a mitad de la caminería, la joven madre levanta la vista y esboza una preciosa sonrisa. A pocos metros de ellos está un viejo sentado en una silla de ruedas y acompañado por una veterana enfermera. Ésta se percata de la llegada de los visitantes y también sonríe.

—Hola, Angélica. Hoy se te hizo un poco tarde. Ya me tenías preocupada. Tu sabes lo bien que le hacen tus visitas... y veo que trajiste a la niña. Eso le va a dar mucho gusto... Bueno, si logras sacarlo de su mundo perdido—, refiere la mujer acariciando brevemente a la bebé antes de retirarse.

La joven se inclina un poco ante la cara del anciano, mientras su acompañante guarda prudente distancia. Él siempre se ha sentido incómodo con el viejo. Lo considera un gran intelectual, pero

como persona nunca ha sido de su agrado. No puede entender por qué su esposa le tiene tanto afecto, aunque reconoce que él ha sido fundamental en la carrera profesional de ella. Pero esto último siempre le ha producido un incontrolable dejo de envidia... ¿y por qué no admitirlo?... de celos. Él siente que entre ellos hay una conexión, una “intimidad” que va mucho más allá de la que puede haber entre una empleada y su patrón o entre una alumna y su profesor. Es una cuestión que siempre le ha molestado, pero que ha aprendido a sobrellevar gracias al profundo amor que siente por su esposa y por su hija. De pronto le entran unas ganas irresistibles de fumar. Siempre le ocurre cuando visitan al viejo. Es quizás una reacción refleja de su inconsciente que le proporciona la excusa para alejarse y no tener que sufrir esa envidiable “simpatía” que existe entre ellos.

—Voy al estacionamiento a fumar—, dice de forma maquinal.

Ella ni siquiera lo escucha, absorta observando el deformado rostro de su amigo. Nunca se acostumbra a verlo así, con la boca feamente torcida y un ojo casi cerrado. Lo peor es su mirada, perdida en un lejano y extraño universo. Nada queda ya de su mirada siempre alerta e inquisitiva.

Acercándose un poco más a él, le murmura suavemente:

—Hola, Perro.

El viejo reacciona con lentitud. Como un ciego, comienza a orientarse buscando el origen de la dulce

voz. Cuando sus ojos turbios se topan con los de ella, de color almendra y larguísimas pestañas, un destello de luz comienza a brillar en sus pupilas. Su mirada se aclara y recupera algo de su antigua viveza.

—Hola, Zorra—, pronuncia él con evidente dificultad.

—¿Cómo has estado, amigo?—, pregunta ella con profundo cariño.

—Saliendo y entrando de este mundo cada vez que me lo permiten—, responde Esteban tratando de esbozar una sonrisa que termina en una lamentable mueca.

—Mira a quién te traje—, le dice Angélica mostrándole a la niña.

—¿Y ésta quien es?—, indaga él.

—Es Penélope, mi hija—, contesta ella orgullosa.

—Nombre de puta. No se te pudo ocurrir ninguno mejor. Ya le arruinaste la vida a la muchachita—, acusa el viejo.

—Es el nombre con el que te conocí y me pareció apropiado—, argumenta ella sin disimular la broma—. Mentira, su nombre es María Angélica.

—Ese sí es un nombre cristiano—, masculla Esteban mirando con dulzura a la niña.

Aunque por su aspecto actual resulta imposible hacer alguna comparación aceptable, sólo bastaría ver una foto del viejo cuando tenía aproximadamente la edad de la niña para comprobar el sorprendente parecido.

—¿Y tú marido?—, pregunta el viejo sin apartar la vista de la niña.

—Fumando en el estacionamiento. Tú sabes que no te soporta—, le dice ella divertida.

—Que se vaya a la mierda. Si no es por mí, no estaría contigo—, argumenta con disgusto.

Ella lo mira con una dolorosa mezcla de amor y compasión.

—¡Bueno, mujer! Acércame a la zorrita para darle un beso—, le pide tratando de sonar familiar.

Ella lo duda un momento. Sabe lo imprudente que puede ser eso. Sin embargo, sabe también que finalmente lo hará. Con extremo cuidado coloca a la niña casi en el regazo del viejo, quien se inclina y roza con sus deformados labios la tersa mejilla. Un delicioso aroma a mandarina, sándalo, miel de abejas y canela le invade violentamente los aletargados sentidos. “Marta”, murmura Esteban mientras comienza a temblar de manera incontrolable.

—Marta, Marta ¡Marta!—, pronuncia el anciano insistentemente mientras sube el tono de su voz hasta que se convierte en un grito desesperado. Angélica retira con presteza a la niña y se queda paralizada presenciando el ataque.

El viejo, con los ojos nuevamente cubiertos por una espesa bruma la mira sin verla.

—Donde está Marta ¿Tú lo sabes? Dile que venga por mí. Dile que estoy muy cansado, que quiero dormir abrazado a ella como siempre. Busca a Marta—, exige presa de una terrible agitación. En cuestión de segundos llega la enfermera. Angélica se retira con su niña en los brazos y los

ojos anegados en llanto. Tras ella queda el viejo convulso al que la paramédica inyecta el tranquilizante de rigor.

—Hasta pronto, amor mío—, susurra ella mientras besa los cabellos de su hija, mojados por sus abundantes lágrimas.

Contenido

Agradecimientos	5
Dedicatoria	6
Capítulo 1: El perro	7
Capítulo 2: La zorra	27
Capítulo 3: Aullidos a la Luna	69
Capítulo 4: Pelea de perros	99
Epílogo	134

La primera edición de este libro se diseñó y exportó para su publicación en **Amazon** el día 10 de junio de 2025, en el Taller Editorial del poeta **Luis Perozo Cervantes**, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el marco de la 7ma Feria Independiente del Libro de Maracaibo.

sultanadellago.com